

La Ilustración Artística

Año XXXIV

BARCELONA 29 DE NOVIEMBRE DE 1915

Núm. 1.770



El notable pintor húngaro Segismundo de Nagy, autor de los cuadros que reproducimos en las páginas 794, 798 y 799 y que figuran en la interesante exposición del Salón Parés de esta ciudad. (De fotografía de Arefias.)

SUMARIO

Texto. — *Exposición Gosé*, por Juan B. Enseñat. — *Lo prometido es deuda*, por Sebastián Gomila. — *Salón París. Exposición de obras de Segismundo de Nagy*. — *La guerra europea*. — *Inauguración de la Escuela Civil de Aviación*. — *Exposi-*

ción de Pintura del Círculo de Bellas Artes de Barcelona. — *La ópera rusa «Boris Godunoff»*. — *La última batalla del padre Agustín*, novela de S. Farina, ilustrada por Mas y Fondevila. — *La población mora de Tetuán*. — *Libros*. — *Obras de riego del valle inferior del Guadalquivir*. — *Monumento a Vayreda*.

Grabados. — *El notable pintor húngaro Segismundo de Nagy y algunas de sus obras*. — Dibujo de Opisso, ilustración al cuento *Lo prometido es deuda*. — *La guerra europea* (seis fotografías). — *El nuevo ministerio francés*. — *La población mora de Tetuán*. — *Obras de riego del valle del Guadalquivir*. — *Notas gráficas de Barcelona y Madrid*.



Barcelona. — Inauguración de la Exposición de obras de Javier Gosé en el Círculo Artístico. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

EXPOSICION GOSÉ

El Círculo Artístico de Barcelona ha querido honrar la memoria del malogrado dibujante Javier Gosé, organizando una exposición de sus obras, y arbitrar

La Exposición es un éxito. Desde el día de su inauguración, los suntuosos salones del Círculo Artístico, son, tarde y noche, punto de reunión de una distinguida concurrencia en que abundan las señoras, y aumenta rápidamente el número de las obras vendidas. Las expuestas son 280, que cubren los muros de cuatro o cinco grandes salas, sin contar numerosas carteras que contienen interesantes dibujos y apuntes, puestos también a la venta.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que contó a Gosé en el número de sus colaboradores, ha querido rendir también un homenaje a su memoria, reproduciendo en este número algunos de los dibujos del malogrado artista.

Conocí íntimamente a Javier Gosé en París, donde ilustró, en 1900 y 1901, una serie de las *Crónicas parisienses* que yo enviaba quincenalmente a esta Revista. Tuve, pues, ocasión de apreciar las bellas cualidades del hombre, del amigo y del artista.

Su carrera fué tan rápida como corta. Pronto igualó a los mejores dibujantes. Igualó a Gill en la sátira de la caricatura humana, pero sin que su lápiz evocase, como el de aquel maestro, las negruras de la conciencia. Igualó a Grévin en los graciosos perfiles de la elegancia femenina, pero con la diferencia de que Gosé pone siempre un alma en sus figuras, mientras que el famoso creador de la *cocotte* frívola, únicamente suele idealizar las formas. Sus *mundanas* recuerdan las de Montaut, pero no son de una distinción perversa, como las de este dibujante cruel.

Lo único perverso que hay en las mujeres de Gosé es quizá la ropa. Sabe vestir las o desnudarlas de una manera deliciosa, convirtiendo un lazo, un encaje, una flor en otros tantos incentivos del pecado. De los guantes que suben más arriba del codo, de las medias de seda que suben hasta medio muslo, saca efectos maravillosos. El traje resulta tan vivo y más corruptor que la mujer.

El maestro con quien Gosé ofrece más analogía es Robidá. Las elegantes de nuestro genial artista son de una factura análoga a las *épinglees* del gran dibujante francés. Pero uno y otro imprimen en sus obras el sello de su personalidad distinta.

Del lápiz de Gosé brotan figuras caprichosas, espirituales, de una gracia original, que no puede confundirse con las de ningún otro artista.

La *cocotte* de Grévin y l'*épinglee* de Robidá evocan, para los amantes de la materia en la mujer, los deliquios de la carne y el ideal de las formas. Pero el alma de esos cuerpos apenas existe.

Las mujeres de Gosé son espirituales sobre todo. El talento de nuestro artista se compone de imaginación y de modernidad, y las mujeres creadas por su genio tienen ondulaciones, flexibilidades, culiebros, formas y actitudes en que las vivacidades,



Dos colegas, dibujo de Gosé

recursos para la madre del artista con la venta de los dibujos expuestos. Al efecto se constituyó en el seno del Círculo una comisión organizadora en que figuran los artistas

Sorolla, Anglada, Vázquez, Cardunets, Masriera, Gili y Roig, Tolosa, Ferrater y García Escarré.

Al acto inaugural de esta Exposición, verificado el martes último, asistieron el Excmo. Sr. Capitán general de la región, Sr. Villar y Villate; el gobernador civil, Sr. Matos; el delegado de Hacienda, señor Eulate; representaciones del Ilmo. Sr. Obispo y del comandante de Marina; distinguidas personalidades de la ciencia, arte literatura, y elegantes damas.



Anuncio en un kiosco, dibujo de Gosé

las coqueterías y las nerviosidades se mezclan maravillosamente con languideces, indolencias, abandonos y lascivias que sólo ha podido interpretar un lápiz tan prodigioso como el suyo.

JUAN B. ENSEÑAT.



- Escucha: ¿perdonarías a ese mal ánima?

LO PROMETIDO ES DEUDA
POR SEBASTIÁN GOMILA

dibujo de Opisso

Había sido una atrocidad... Aquel *extranjis* se le atragantó a Milocha en cuantico puso los pies en el poblado.

¡Si su facha lo decía todo! Guapetón, pero con una baya de majeza en que entraban por mucho el alarde y el artificio.

¿Finezas? Todo lo suyo eran ciquiricatas. Entre la dificultad de expresión y su propio natural, más bien resultaban ridículas que simpáticas sus palabras y sus maneras.

Hubo de ponerse a Milocha entre ceja y ceja, y si se calló a lo primero fué porque le repugnaba pasar por malicioso. Él no podía sufrir que pronunciaran la palabra *celos*, máxime cuando va acompañada de un retintín que hiere en lo más hondo.

Lé apodaban Milocha por sus anhelos de volar muy alto. ¿Y qué?... Rústico y todo, no le cambiara al tenido por más lechuguino. Porque en eso de la presencia juega con mucho la necesidad, el dar más importancia al retoque que a la obra misma. Talmente lo que ocurría con el *bandido* que se coló en el pueblo con embajada comercial, y se salió habiendo realizado la más torpe y ruin de las acciones.

¡Pobre Dionisia! ¡No haber creído!..

Verdad que el padre se tenía parte de culpa. Más que al posible riesgo, atendió a la chunga por los celos de él, de Milocha...

Ya molesto, hubo de recordarle una vez lo de la copla:

... porque los celos,
 cuando sean fundados
 dejan de serlo.

En su virtud, lo suyo no era lo que creía el vulgo, ni aquel padrazo que, sin ser vulgar, tenía no poco de zampatorras.

Bueno, bien, a él le embromaban con lo del vuelo de la cometa, la milocha. Mas podían convencerse de que había atisbado con elevación; y he aquí que la desgracia casi podía envanecerle.

El maldito *extranjis* pareció traer la fortuna al poblado con sus compras y sus estudios por cuenta de una casa de allá, de la frontera para arriba... Y lo que trajo fué una desolación mayúscula en un hogar tranquilo.

¡Recondenado! ¡Como él lo pillara!..

Fuerte, lo era Milocha; y aunque adentrado en el lado izquierdo sentía palpar lo que poseen pocos, bien que se lo figuren muchos, aquello de Dionisia no era para borrado con la esponja de la bondad; que hay tropiezos en la vida señaladores de huella eterna.

Además, que ni la moza llegaba a tanto como

para esperar de él ni de nadie ciertas cosas. Comprendiendo que el resbalón exigía una penitencia, se la impuso, en honor a la verdad, cumplidísima.

El padre, por no hacer un estropicio, aprobó con leve movimiento de cabeza la clausura. Pertenece a Dios, y que Él la poseyese en santa paz.

Pero ¡qué vacío en la casona!..

Miró al muchacho, con los ojos encendidos y la faz cadavérica, para decirle:

- ¡Horrible, Milocha, horrible!

- ¿No se lo decía yo a usted?

- Cabalmente. Y fuí harto estúpido... Supongo que no me guardarás rencor.

- ¡Si iba usted a ser mi padre! Yo no sé querer mal...; yo, la verdad, sólo soy rudo por fuera...

Le contempló el viejo más fijo. Y, en tono indefinible, preguntó:

- ¿Sabrías perdonar?

- Perdona Dios, no los hombres.

- Y tú eres un hombre, ¿no es eso?

- Me figuro...

- Escucha: ¿perdonarías a ese mal ánima?

- ¡A él, no; se lo juro a usted!!

- Pues mira, Milocha: yo no sobreviviré mucho a este mal trago. Prométeme una cosa...

- ¿Cuál?

- Que si algún día, muerto yo, te tropezaras con el monstruo... ¡lo pisoteas, lo chafas como a un asqueroso reptil!.. No será venganza, sino justicia.

Milocha dirigió una mirada expresiva al anciano,

y tras de una mueca singular, en un estremecimiento apenas contenido, exclamó:

— ¡Eso me lo he jurado a mí mismo ya!.. Descuide de usted.

En efecto, el anciano empezó a decaer. El recuerdo del mal trance, la soledad en torno, la misma imposibilidad de conseguir justicia, fueron aplanándole, aplanándole... Fué cuestión de pocos años, muy pocos... Y menos mal que la contrición de la hija era ejemplar...; su conducta en el claustro llegaba a lo sublime.

Estalló la guerra, y el viejo se lamentaba, hundido en un sillón, diciéndole a Milocha trabajosamente:

— ¡Qué suerte tienes tú!.. ¡Cómo volara yo a combatir a esos *perros*, entre los cuales esté quizás el del mordisco!..

— La guerra es para los jóvenes.

— ¡Maldita siempre! Pero hoy... para nosotros... ¡Si estas piernas me valieran!..

Milocha tornó a sonreírse de un modo particular.

— A mí me toca ir...

— ¡Si lo hallaras, Milocha!..

Y el mocetón sintió otra sacudida, que procuró en balde refrenar con disimulo.

Sí, la gran calamidad se había producido. Todo eran aprestos y entusiasmo.

Cuando Milocha iba a incorporarse, el padre de Dionisia agonizaba en el lecho...

Fué a verle, y el moribundo tuvo tiempo de decirle en voz cavernosa:

— ¡Acuérdate!.. ¡Me lo prometiste!

— ¡Lo juré!

— ¡Como a una serpiente!

— ¡Como a un mal bicho!..

Ahora la sonrisa, una sonrisa de beatitud y satisfacción, esmaltóse en la faz cadavérica, y fué cuestión de minutos el postrer suspiro.

Milocha, arrodillado ante el difunto, recaló en voz baja el juramento, lo rubricó con una oración y se dispuso a marchar con otros mozos.

La guerra es un azote, un resto de barbarie, una negación de la humanidad, todo lo que se quiera... Pero ¡cómo laten los corazones y se enardecen los ánimos al pronunciar el nombre de la patria!.. ¡Qué de heroísmos dormidos despiertan al conjuro!.. La honra nacional se antepone a todo, y las bocas entonan el himno sagrado, y los pechos desafían la muerte, y los brazos la siembran a porfía...

Para Milocha, era ya el único sentimiento. Ni padres, ni la gran ilusión de su vida, ni aquel arrimo del viejo que acababa de expirar... Por la patria, pues, y porque ya no le importaba el mundo...

Cada bala que tumbase a un *extranjis* sería un anticipo de lo jurado solemnemente. No era alarde ni fanfarronería, no; él había de hacer algo que fuese sonado, él había de embestir, que no fuese sino por lo otro, porque entre aquellos *perros* había de estar el mastín que destruyó una inocencia...

Y, sí señor, embistió Milocha en campaña. En la línea de fuego, lo primerito que acertaba a ver con la imaginación eran unos ojos moribundos, flecheros por demás; y entre el fragor del combate, más que las balas, silbaban en su oído las palabras aquellas:

«— ¡Lo pisoteas, Milocha; lo chafas como a un asqueroso reptil!»

Y con el primer disparo iba esta exclamación:

«— ¡Si me lo juré a mí mismo!»

¡Vayan ustedes a saber de qué arrancan algunas veces las acciones heroicas!

Se había batido el cobre de lo lindo. Un horror. El enemigo estaba en retirada, y el número de muertos, heridos y prisioneros era enorme.

Iba a la puesta el sol, y todavía estaba empeñado el combate. Un contraataque rápido había sido rechazado por el regimiento a que pertenecía Milocha. ¡Quedaba victorioso!..

Paulatinamente fué cesando el fuego, y el jefe ordenó un repliegue.

De una pequeña hondonada partían ayes y gemidos. El dolor tiene un lenguaje único...

Milocha se acercó, y vió el espacio de terreno sembrado de cadáveres. Pero continuaban los gemidos, voces plañideras en una lengua extraña. Milocha se detuvo aguzando el oído...

— ¡¡Perros, más que perros! ¡¡Pudriros en paz!!

Y echó a andar, por no quedar rezagado.

Los lamentos fueron más agudos.

Milocha retrocedió unos pasos y murmuró:

— Bueno, bien, eso no es noble en la guerra. A los heridos se debe socorrerlos.

Y se agachó a ver, a husmear como quien dice entre despojos...



Jóvenes gitanas en el campo, cuadro de Segismundo de Nagy. (De fotografía de Serra.)

Sí, un hombre, un enemigo revolcábase en un charco de sangre... Entendió Milocha que imploraba auxilio, y se dispuso a prestárselo. Pesada iba a ser la carga. Pero bien podría alcanzar al núcleo de su fuerza y entregar el herido a la ambulancia. Milocha era fornido, y en ciertas ocasiones contribuye el ánimo. Nada, que pudo coger a aquel *extranjis*, incorporarlo y... Lo dejó caer, pegando un brinco. ¡El monstruo!.. ¡el perro!.. ¡el maldito!.. ¡Si ya decía él que había de encontrarlo!..

La mueca fué feroz, y la cabeza, sin dejar de fijarse en aquel hombre, iba haciendo signos afirmativos como respondiendo a voces de ultratumba:

«— ¡Sí, sí!.. ¡lo hallé, lo hallé! ¡Hay Providencia!»

La culata del fusil fué levantada en alto, para destrozarse de un golpe aquel cráneo que sangraba... Luego se acordó del juramento y murmuró, casi *mordió* estas palabras:

«— ¡No, no!.. ¡como a un reptil!.. ¡como a un bicharraco!..»

Y el movimiento mismo de levantar el pie, le hizo fijarse en los ojos de angustia que le contemplaban atónitos.

Milocha se quedó perplejo... Dionisia, su padre, el juramento, el deber militar, la imprudencia de rezagarse mucho..., todo pasó por su imaginación en menos de un decir Jesús...

La noche avanzaba. Un vaho confuso, casi repugnante se escapaba de la tierra virgen. Toques de clarín sonaban a distancia, y allá que te allá alguna que otra descarga parecía una intermitencia de tempestad alejándose...

Se agachó más y más, hasta casi rozarse con el herido, y le escupió en la faz el dicterio de marras:

«— ¡Perro maldito!..»

Mas, sin tiempo que perder, y comprendiendo que se agotaba, lo puso en pie como pudo, lo agarró con ímpetu y echó casi a correr con él a cuestas...

¡Ahora sí que reñía el gran combate! Contra las tinieblas, contra los obstáculos que hallaba a su paso, contra la voz de un moribundo susurrando continuamente a su oído, contra su propia conciencia, contra todo...

Pero resistía, y aceleraba el paso, con ansia loca de evitar que llegara tarde el auxilio, que su esfuerzo fuera inútil...

Los labios del herido hubieron de rozar su cuello varias veces, y la sangre tibia salpicarle la faz...

Llegó jadeante, rendido casi.

¡Había triunfado aquello que mentó una vez: *lo adentrado en el lado izquierdo!*..

BARCELONA. — SALÓN PARÉS

EXPOSICIÓN DE OBRAS DE SEGISMUNDO DE NAGY
(Véanse los grabados de las páginas 794, 798 y 799.)

Celébrase actualmente en el Salón Parés una exposición de obras del notable pintor húngaro Segismundo de Nagy, en la que figuran cuarenta y seis cuadros al óleo de asuntos españoles, especialmente de tipos y paisajes de Andalucía y Castilla.

La nota característica de todos estos lienzos son un vigor y una armonía de color verdaderamente admirables, cualidades que prestan vida y realce singulares a la firmeza con que están ejecutadas las composiciones.

Si se tiene en cuenta el tiempo relativamente corto que Nagy lleva de residencia en España, es aún más de admirar la labor del artista extranjero, quien no sólo ha sabido ver lo superficial, lo meramente externo de las regiones por él visitadas, sino que, además, ha logrado ahondar en el espíritu de sus pobladores y en el alma de su naturaleza, dándonos de unos y otra una impresión perfectamente percibida y trasladada al lienzo con una sinceridad y una verdad sugestionadores y con un dominio absoluto de la técnica.

Algunas de estas excelencias pueden apreciarse en las reproducciones de varias de sus obras que en el presente número publicamos; lo que no puede estimarse en ellas es la fuerza, la brillantez del colorido, que constituyen indudablemente el mayor encanto y también el mérito mayor de las mismas.

Segismundo de Nagy nació en Nagy (Hungría) el 14 de marzo de 1872 y a la edad de quince años dejó la casa paterna y entró de aprendiz en el taller de un pintor decorador de Budapest. En 1892 se trasladó a París y empezó a trabajar seriamente bajo la dirección de Bouguereau primero y de Teorier después.

Poco tiempo después regresó a Hungría y se dedicó a la pintura religiosa e histórica, siguiendo las indicaciones del célebre Munkacsy y de Reuczur, profesor de la Real Academia de la capital de Hungría; pero en 1901 abandonó aquellos géneros y comenzó a cultivar el impresionismo, interpretando los tipos y costumbres de los campesinos de su patria.

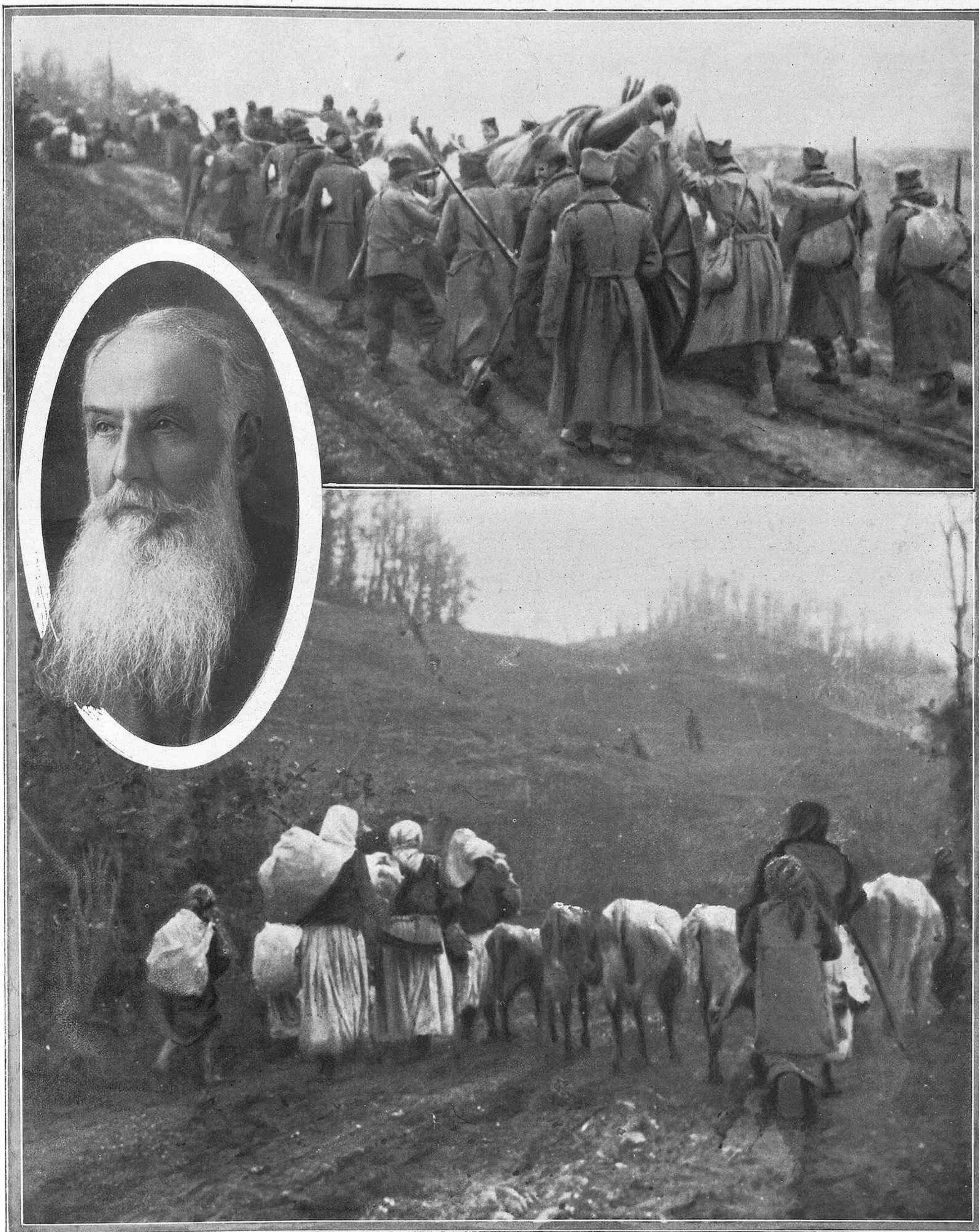
Volvió en 1911 a París, en donde se afirmó y robusteció aquella tendencia impresionista, y allí se hallaba cuando estalló la actual guerra, poco tiempo después de haber inaugurado en la Galería Georges Petit una exposición de cerca de setenta cuadros que tuvo un éxito grandioso.

Vino entonces a España y de sus excursiones primero por Vasconia, por Castilla después y luego por Andalucía, fueron producto las hermosas obras que ha expuesto sucesivamente en Bilbao, en Madrid y en Barcelona, causando en todas partes la admiración del público y mereciendo los más calurosos elogios de la crítica.

Lo mismo en París que en Madrid, muchos de sus cuadros han sido adquiridos por personalidades conocidas en el mundo del arte. El gobierno español, cuando Nagy celebró su exposición en el Palace Hotel de Madrid, adquirió una de las obras expuestas para el Museo de Arte Moderno, y S. M. la Reina Doña Victoria, que visitó aquella exposición y felicitó efusivamente al celebrado pintor, ha encargado a éste su retrato.

LA GUERRA EUROPEA. - LA RESISTENCIA DEL PUEBLO SERVIO

NOTAS GRÁFICAS DE LA LUCHA QUE ACTUALMENTE SOSTIENE SERVIA CONTRA ALEMANIA, AUSTRIA, TURQUÍA Y BULGARIA



Artillería abandonando la ciudad de Belgrado, después de la toma de ésta por los austroalemanes, y dirigiéndose a las alturas para emplazar allí las baterías. - El gran patriota serbio y presidente del Consejo de Ministros Sr. Patchich. - Aldeanos serbios encaminándose a las montañas para huir de los invasores de su territorio. (De fotografías.)

Las vicisitudes de la gigantesca lucha que desde hace quince meses ensangrienta la mayor parte del continente europeo y que conmueve hondamente a todo el mundo, han hecho actualmente de Servia el teatro principal de la guerra. Acosado por fuerzas inmensamente superiores, de alemanes, austrohúngaros y búlgaros, aquel pueblo, pequeño en extensión, pero grande en heroísmo, se resiste valerosamente y defiende palmo a palmo el territorio por donde avanzan sus enemigos, estando dispuesto a oponerse a la invasión mientras quede un solo hombre apto para empuñar las armas, y aprovechando hábilmente las condiciones de su quebrado suelo para ir prolongando su resistencia y hacer pagar caro a los contrarios su triunfo.

Los pobladores, viejos, mujeres y niños, que no pueden combatir van abandonando el país

conquistado por los invasores y dícese si acabarán por emigrar en masa a Albania y a Montenegro a fin de no caer bajo el yugo de aquéllos, que podrán adueñarse del territorio pero no de sus habitantes, dispuestos a defender hasta el último trance la independencia de su patria, los unos y de soportar los otros antes que la dominación extranjera las penalidades de la emigración.

Francia e Inglaterra han acudido en socorro de Servia enviando numerosos contingentes que, desembarcados en Salónica, avanzan hacia el Norte y han tenido ya algunos sangrientos encuentros con los búlgaros que operan en Macedonia; pero hasta ahora esta ayuda, quizás algo tardía, no ha sido bastante eficaz y es de temer que los esfuerzos de los aliados no logren evitar la catástrofe que amenaza al pueblo serbio.



El Rey de Bulgaria, acompañado por oficiales de su Estado Mayor, visitando las posiciones serbias

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — La situación ha cambiado muy poco durante estos últimos días. Exceptuando los duelos de artillería, no ha ocurrido nada importante. Lucha de minas en Argona, sin ventajas para nadie. Infructuosos ataques de los alemanes en los Vosgos. Corrientes de optimismo entre las tropas belgas, francesas y británicas.

Teatro de la guerra de Oriente. — Sin señaladas victorias, los rusos han obtenido algunas ventajas sobre los germanos en varias regiones. En el frente de Dwina, al Norte del lago Sventen, han tomado una línea de trincheras enemigas.

Al Sudoeste de Dwinsk, los austro-alemanes, que habían pasado a la ofensiva a lo largo del río, han tenido que volver a su antigua posición, a consecuencia del fuego ruso.

En el resto del frente, del golfo de Riga al Pripet, no ha ocurrido nada de trascendencia.

En la orilla izquierda del Styr, los rusos han atacado con éxito al enemigo, al Oeste del pueblo de Kozlirischi.

En Galitzia, en la orilla del Strypa, los germanos han tomado contra el pueblo de Khmelevka una

enérgica ofensiva que ha sido reprimida por los rusos.

Al Norte de Illuxt, los alemanes, en un contraataque, cerca de Tarnopol, han vuelto a ocupar un puesto avanzado que los rusos les habían obligado a abandonar.

Los alemanes, según sus últimas notas oficiales, han rechazado las tentativas de avance de los rusos, al Nordeste de Czartorysk y cerca del Dubiszozce, al Norte del ferrocarril de Kow-Rowno.

Según el corresponsal del *Petit Parisien* en Tokio, el barón de Ishil, ministro japonés de Asuntos Extranjeros, ha declarado que el Japón proporcionará en grande escala armas y municiones a Rusia, que sólo tiene actualmente en armas un tercio de sus hombres movilizados.

Italianos y austriacos. — Las notas oficiales austriacas acusan fuertes ataques italianos; al Este de Solz y al Norte de la cabeza de puente de Goricia,

siendo todos ellos rechazados.

En cambio las notas italianas afirman que han fracasado por completo los ataques austriacos de sorpresa dirigidos contra las posiciones últimamente tomadas por los italianos, y que la incesante ofensiva de éstos en la región del Carso ha sido al fin coronada por un brillante éxito.

En los Balcanes. — La atención general se halla principalmente puesta en este teatro de la formidable lucha. Los acontecimientos han sufrido cambios bruscos. El otro día se daba por establecido el bloqueo de las costas griegas hasta que



Soldado serbio de la última reserva. (De fotografías de Hofer.)

el rey Constantino se decidiese a desmovilizar su ejército. Al día siguiente los ingleses desmentían que hubiesen ordenado tal bloqueo y añadían que los barcos de Grecia podían navegar libremente por todos los mares de Europa.

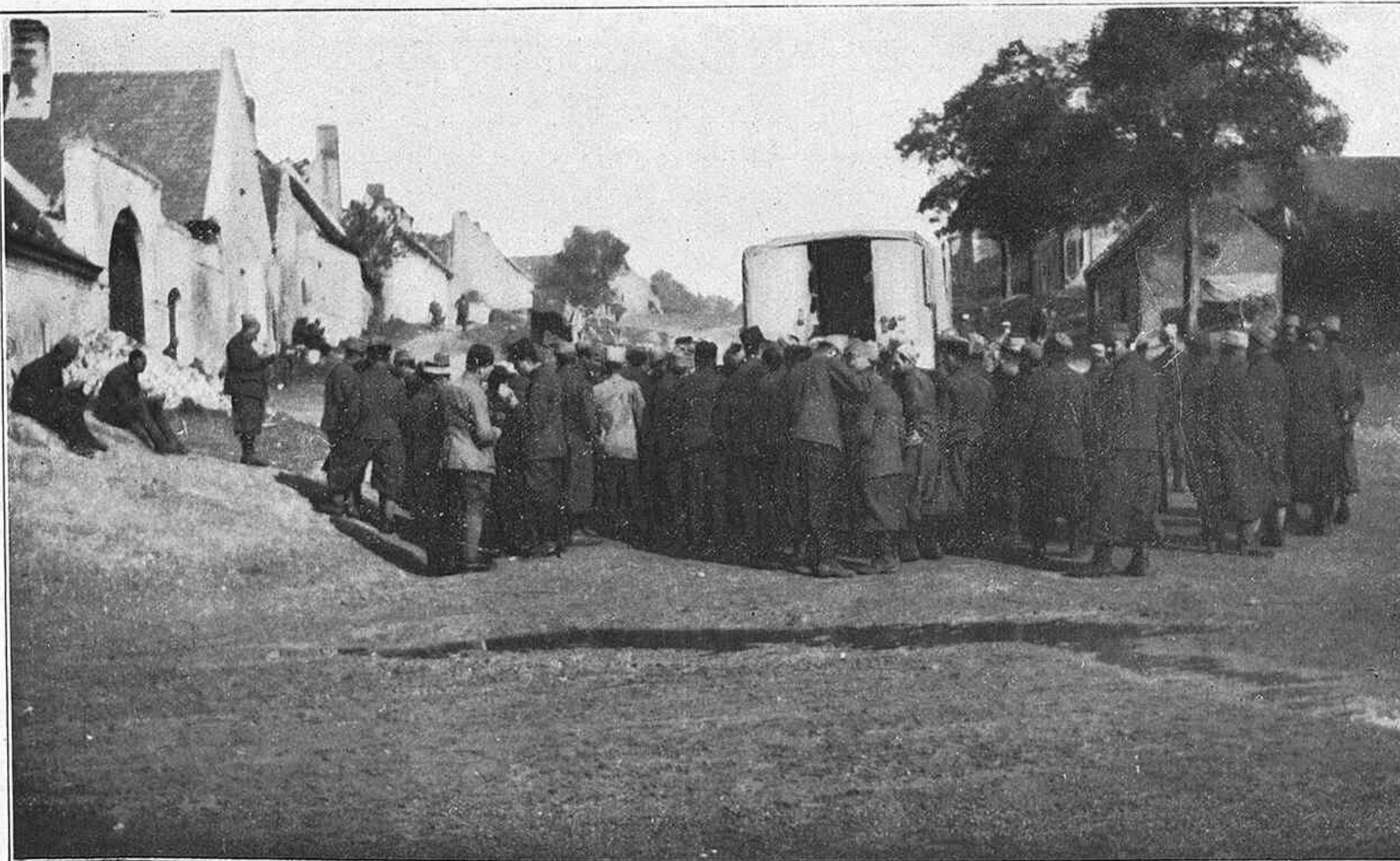
Francia e Inglaterra soportaban mal las nebulosidades en que se debatía la política helena. Querían despejar la incógnita de una neutralidad armada que

podía traducirse en hostilidad manifiesta. De ahí la presión inglesa. El ejemplo de Bulgaria era para los aliados demasiado elocuente para que prevalecieran los métodos dilatorios. La mejor arma de los aliados son sus escuadras, y no era de extrañar que la empleasen en defensa de su causa, cuando peligraba la seguridad de uno de sus ejércitos.

El hecho de que no hay bloqueo hace suponer que las tropas de Sarrail y Mouro se consideran seguras en las posiciones que ocupan, y que, en el caso de verse obligadas a retroceder hacia Salónica, no serían hostilizadas por los griegos.

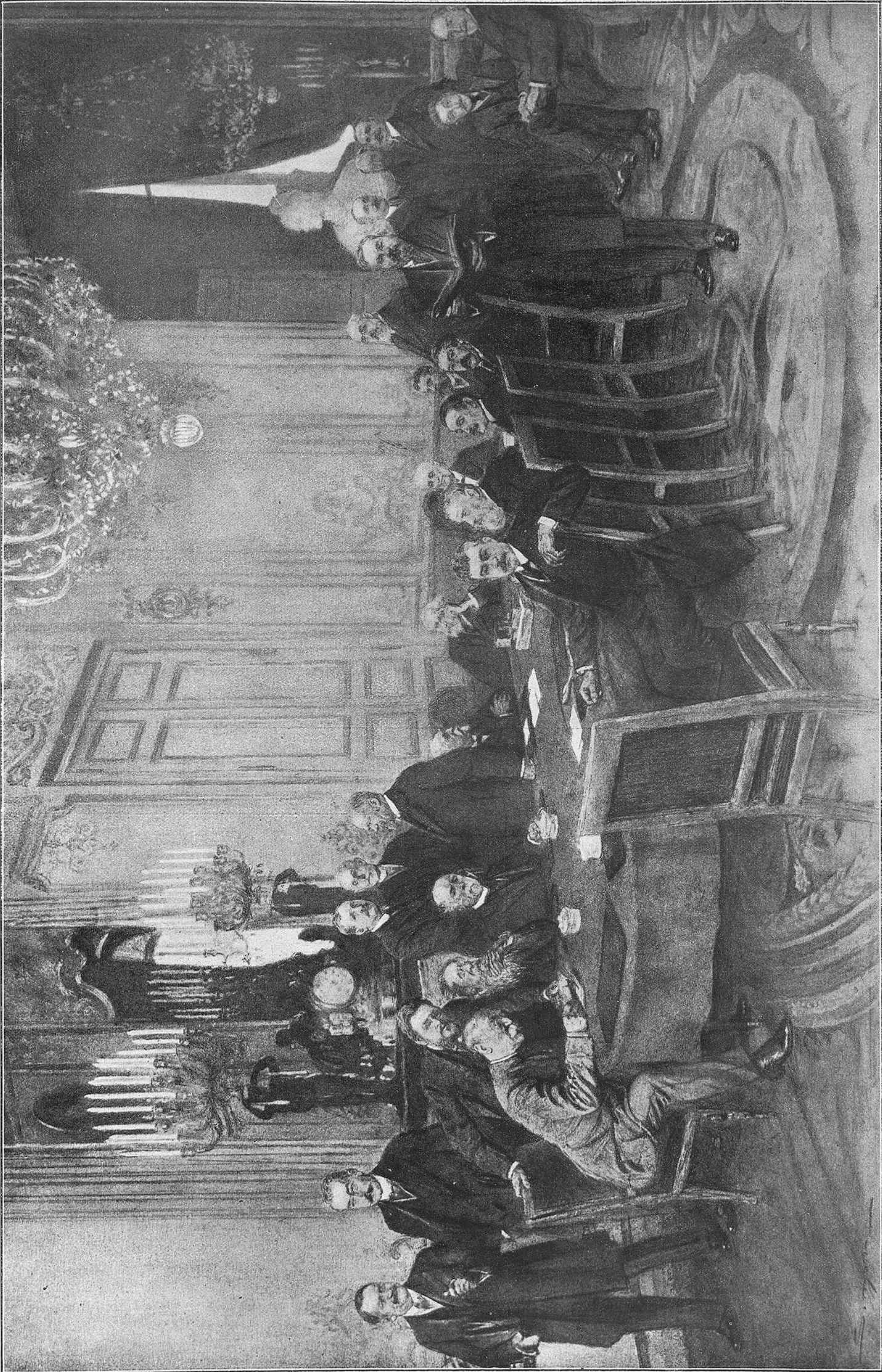
La contingencia de semejante repliegue, si ha de producirse, parece aún lejana, puesto que el generalísimo francés en los Balcanes ha vuelto a tomar la ofensiva contra los búlgaros, consiguiendo importantes victorias, hasta el punto de llegar a unas diez millas del núcleo principal del ejército serbio.

Dentro de la crítica situación en que se halla Serbia, la conjunción de los ejércitos de Putnik, Sarrail y Mouro sería una gran ventaja para las operaciones futuras, dando unidad a la acción y estableciendo una línea de apoyo en Macedonia.



En el frente francés. — En una aldea, a la llegada del camión-bazar, los soldados se apresuran a comprar algunas fruslerías u objetos de necesidad. (De fotografía de M. Branger.)

EL PRIMER CONSEJO DEL MINISTERIO BRIAND EN EL ELÍSEO EN 30 DE OCTUBRE DE 1915, dibujo de J. Simont. (Reproducción autorizada.)



El nuevo gabinete francés, cuya primera reunión representa nuestro grabado, está constituido por los siguientes estadistas: de pie, de izquierda a derecha: M. Doumergue (Colonias), M. Clémentel (Comercio), M. Alberto Thomas (Municiones), M. Viviani (Justicia), almirante Lacaze (Marina), M. Poincaré, M. León Bourgeois (Estado), M. Métin (Trabajo), M. Justino Goudart (Sanidad), M. Dalimier (Bellas Artes) y M. J. Thierry (Intendencia); sentados en torno de la mesa, de izquierda a derecha:

general Gallieni (Guerra), M. Julio Guesde (Estado), M. de Freycinet (ídem), M. Emilio Combes (ídem), M. Ribot (Hacienda), M. Méline (Agricultura), M. Sembat (Obras Públicas), M. A. Briand (Presidente del Consejo y Asuntos Extranjeros), M. Malvy (Interior), M. Dionísio Cochin (Estado), M. Painlevé (Instrucción e Invencciones); sentados en el fondo: M. Esnard (Aviación) y M. Nail (Marina Mercante).



Grupo de gitanos



Bailarina gitana



Niña con el cántaro



Gitanas granadinas



Andaluza con un niño



Bebedor de sidra



En la Escuela civil de Aviación de Getafe. — Inauguración de los talleres por S. M. el Rey
(De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

INAUGURACION DE LA ESCUELA CIVIL DE AVIACIÓN

Presidida por los Reyes, se ha verificado recientemente la inauguración de los talleres de la Escuela Civil de Aviación establecida en Getafe. Ésta se halla hoy dotada de una magnífica instalación, obra del entusiasta esfuerzo de los elementos componentes de tan útil institución, que han sabido aplicar con gran acierto los recursos que a su disposición puso el Estado.

Al acto concurrieron, además de la familia Real, las autoridades locales; el coronel, jefes y oficiales del regimiento de artillería allí destacado; el ministro de Fomento Sr. Espada; el director general de Comercio, Sr. García de Leániz; el director de la Escuela, capitán Kindelán; el contador-secretario de la misma D. Ricardo Ruiz Ferry; los profesores señores Menéndez, Adaro, Peñas y Grancha, y los auxiliares Sres. Urrizburu y Alfaro.

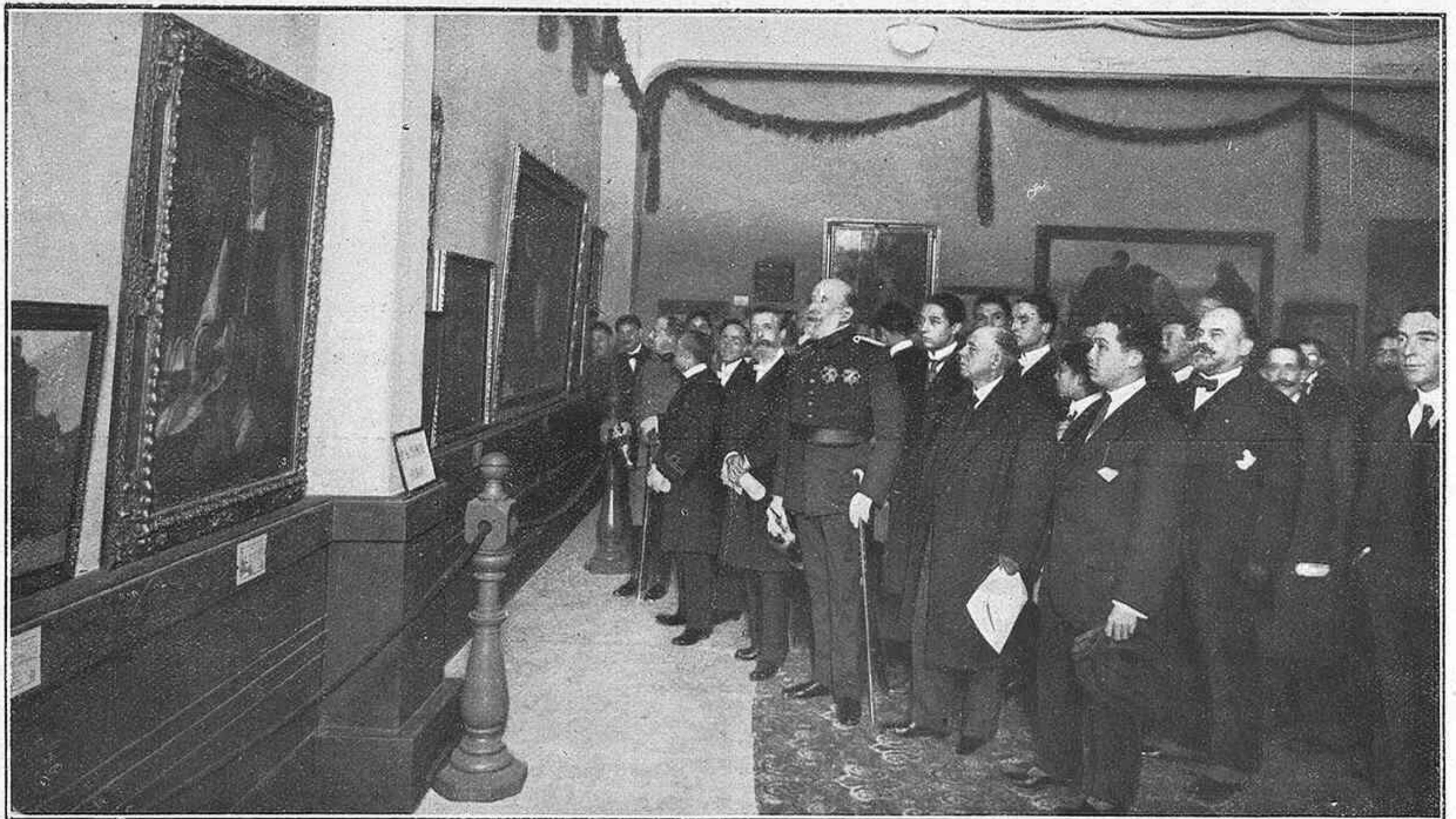
Delante de los pabellones en que se hallan instalados los talleres, se encontraban, uniformados, todos los operarios afectos a la Escuela, y en otro grupo los alumnos aviadores. El número de éstos, entre mecánicos y pilotos, asciende a 20, y algunos pertenecen a distinguidas familias de Madrid.

La concurrencia, muy numerosa, se agrupaba en el espacio comprendido entre los talleres y el campo de aviación. Todo el vecindario de Getafe se hallaba en las inmediaciones.

Momentos antes de la hora señalada apareció en el horizonte el primero de los aeroplanos militares que desde Cuatro Vientos vinieron para unirse a la solemnidad que se celebraba. Era un biplano Farmán, al cual siguió un monoplano Morano y otro Farmán después. Cuando los Reyes llegaban al aerodromo planeaba para tomar tierra el monoplano que dirigía el Infante D. Alfonso de Orleans.

En junto fueron siete los aparatos que constituían la escuadrilla militar.

Pronunció un breve discurso D. Pedro Barragán, haciendo entrega de la Exposición al Círculo; leyó una sucinta memoria el secretario, Sr. Fuster, y el Capitán general, en nombre del Rey, declaró inaugurada la Exposición. Durante la ceremonia, un numeroso público estacionóse frente al local del Círculo.



En el Círculo de Bellas Artes de Barcelona. — Inauguración oficial de la Exposición de pintura

EXPOSICIÓN DE PINTURA

DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE BARCELONA

Presidido por el Excmo. Sr. Capitán general de Cataluña en representación de S. M. el Rey, se celebró el 22 de este mes el acto inaugural de la Exposición de pintura, organizada por el Círculo de Bellas Artes de Barcelona.

El general Villar fué recibido por el presidente del Círculo, Sr. Trías, y los Sres. Fuster, Sans Castaño y Ferrán, a los acordes de la Marcha Real, ejecutada por la banda del regimiento de Vergara. Un piquete daba guardia de honor.

Asistieron al acto el Dr. Faura, en representación del señor Obispo, el Sr. Sansalvador, por la Diputación provincial; don Pedro Muntañola, por el Ayuntamiento; el comandante de Marina, el delegado de Hacienda y el marqués de Mariana, que forma parte del comité de honor de esta manifestación artística.

LA ÓPERA RUSA «BORIS GODUNOFF»

Este interesante drama lírico, que no se ha conocido en España hasta ahora, fué estrenado en Petrogrado el año 1874. Mussorgsky escogió, para su obra, el momento de la historia rusa en que el ambicioso regente Boris Godunoff, después de haber envenenado y reemplazado al zar Fedor I, sujeta al labriego a la gleba, y en que éste, irritado por el peso de sus cadenas, ve en cualquier aventurero o impostor, al Mesías que ha de redimirle.

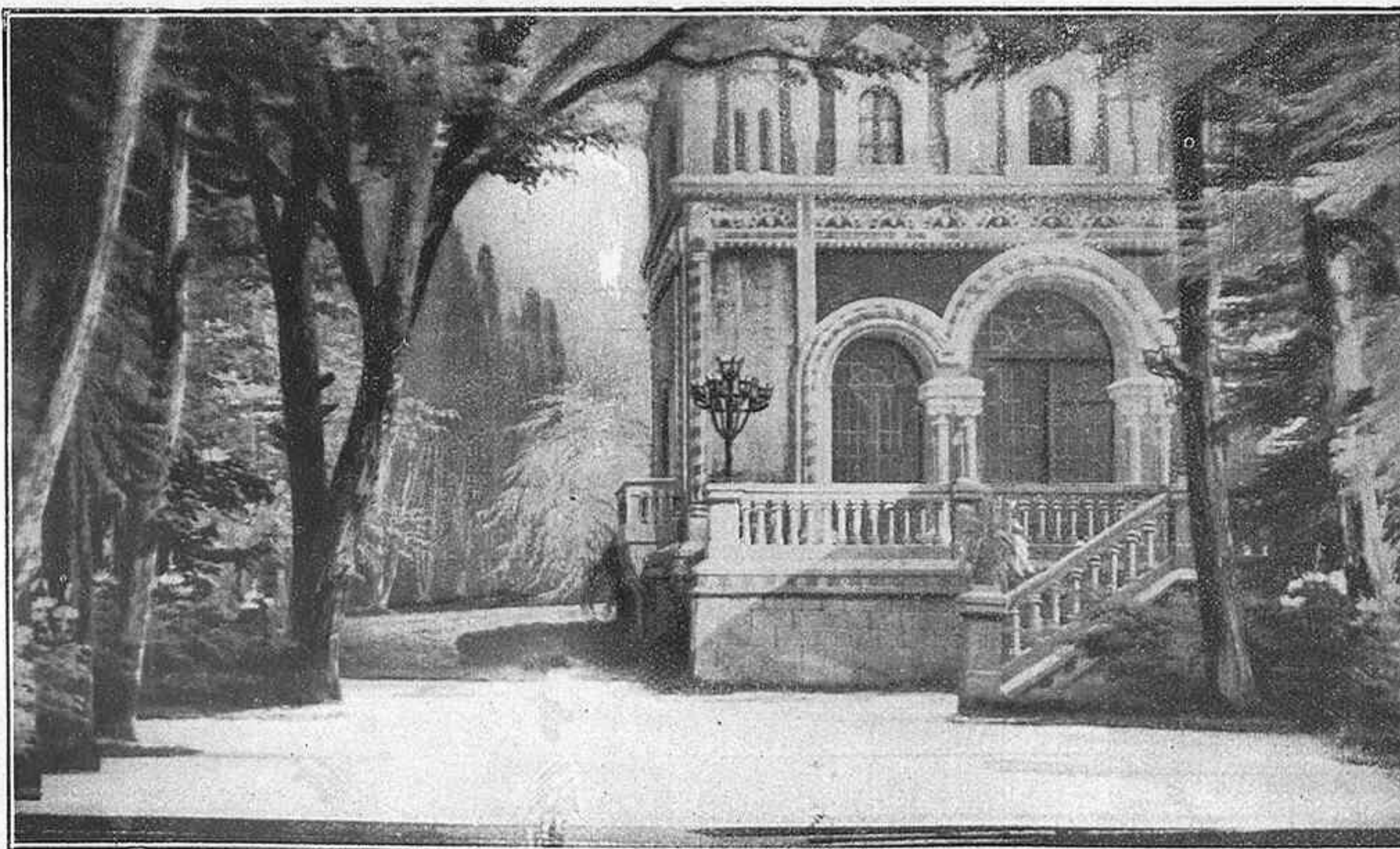
Es una obra intensa que revela una admirable modalidad. Se explica el entusiasmo que despierta en Rusia, porque en ella palpita el alma nacional. El pueblo moscovita cantaba por las calles los coros de Boris Godunoff, que son magistrales.

Sin embargo, el público del Liceo pareció no aceptar con entusiasmo el impresionismo de Mussorgsky, en la primera audición de su obra. Creemos que la causa de esto ha de buscarse en la precipitación con que la obra se ha puesto en escena. Montóse, en efecto, muy de prisa, con pocos ensayos, y la interpretación resultó sin el movimiento y la vida necesarios para interesar e impresionar hondamente al público.

El mismo maestro Ribera, que a tanta altura suele estar como director, llevó la orquesta con cierta languidez. Los coristas, deficientemente preparados, no estaban en escena, pues sólo atendían a la batuta del maestro. Y, por añadidura, restó brillo a la obra la manera pobre con que fué presentada en un teatro cuyo público está acostumbrado a artísticas magnificencias escénicas.

Afortunadamente Henri Albers, que es un gran artista, dió todo el relieve necesario al papel de Boris Godunoff. Cantó su parte en francés, y en sus culminantes escenas del final del segundo acto y de la muerte impresionó al público.

Las señoritas Racanelli y de Mauro, la señora Frau, el tenor Abela, el bajo Muñoz y las señoras Gallofre y Giral hicieron una labor muy apreciable.



Decoración del segundo cuadro del tercer acto de *Boris Godunoff*, ópera rusa recién estrenada en el Liceo de Barcelona
(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

LA ÚLTIMA BATALLA DEL PADRE AGUSTÍN

NOVELA ESCRITA EN ITALIANO POR SALVADOR FARINA

CUYA PROPIEDAD TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA



Ahora el padre Agustín dormía

I

Gran suerte había sido que el padre Agustín hubiese entrado de pupilo en casa de Amatore.

Suerte para la casa Amatore y suerte para el padre Agustín.

Se sabe que en una casa en que entra un sacerdote de buenas intenciones, que se contenta con dormir, tomar el desayuno y la comida sin segundos fines, pagando puntualmente a fin de mes, todo marcha viento en popa.

Se han visto curas pupilos que han proporcionado o hecho llover toda clase de beneficios sobre la casa de huéspedes; han inducido al panadero a dar

el pan al fiado; han colocado en una oficina pública al hijo mayor de los patrones; han encontrado un marido para la hija, y hasta a veces, merced a su intercesión, ha caído en la familia una herencia o al menos un premio de la lotería, sin contar otras ganancias llegadas a tiempo para el remiendo indispensable de alguna cosa archiusada.

Para citar un ejemplo, sin ir muy lejos, el mismo amo de la casa, Severino Amatore, empleado en los ferrocarriles de la Alta Italia, un año antes se había encontrado en estos apuros, o no poder hacer la visita de año nuevo al jefe de su oficina, o hacerla sin guantes.

Y Severino Amatore, para salir dignamente del

paso, había optado por declararse presa de una fiebre violenta y pasar el día bien arropado en su cuarto a fin de que su malicia no llegase a saberse en la Alta Italia.

Entonces el padre Agustín aun no había entrado en la casa.

Había en cambio un viejo empleado, retirado del servicio, que en apariencia no hacía ningún mal a nadie; pero que, sin saberlo, impedía la entrada al padre Agustín.

Apenas hubo éste ocupado el puesto en la mesa y el cuarto del difunto, empezó la serie de pequeños favores que un cura de buena voluntad obtiene del Cielo.

El último favor, casi se puede decir que fué un milagro.

El padre Agustín había sugerido a la señora Bernarda la idea de jugar a la lotería el viernes anterior al día crítico en que Severino debía enguantarse para la visita de año nuevo.

Y realmente, por poco que Bernarda se fijase en su marido, veía claro que no sólo las manos, sino todas las extremidades tenían urgente necesidad de ser revestidas con la decencia reclamada por el decoro del empleo.

Y cuando la sugestión del decoro es inútil, conviene tentar a la suerte en la lotería (1).

Así lo pensó y así lo hizo la señora Bernarda, jugando una combinación de tres números que representaban la edad del padre Agustín - 69 -, el día en que el reverendo había entrado de huésped ocho meses atrás - 15 - y la ocasión en que debían servir el sombrero de copa, las botinas nuevas y los guantes de color de chocolate - 1 -.

Bernarda había jugado sin decir nada al cura de casa, pero recomendándole que al acostarse rogase al Cielo en favor de sus intenciones.

El padre Agustín no oró mucho, pero oró bien, y el cielo clemente mandó el ambo, es decir, el 15 y el 69, o sean cuarenta liras, que sacaron del apuro al empleado de la Alta Italia.

Han de saber ustedes que el *uno* no había salido porque Bernarda, si lo hubiese pensado mejor, según confesaba ella misma, hubiera elegido el *ocho*, que había salido efectivamente y que recordaba el número de las mensualidades pagadas por el reverendo hasta el 15 de diciembre.

Decíamos, pues, que para los Amatore había sido una suerte el tomar un pupilo que sabía atraerles los beneficios del Cielo.

También el padre Agustín tenía su parte de suerte, tanto para el espíritu como para el cuerpo.

En primer lugar, su cuarto daba al rellano de la escalera; así es que, si hubiese querido, nadie le obligaba a perder el tiempo en escuchar las lamentaciones de Bernarda al entrar y salir de casa; si se le hubiese antojado leer su breviario sin dejarse ver hasta la hora de las comidas, podía estar seguro de que, en la estancia inmediata, Bernarda no hubiese movido una silla cuando se imaginaba que el reverendo estaba ocupadísimo con las sagradas escrituras.

Pero el padre Agustín era incapaz de abusar de nada, y menos de las sagradas escrituras, y gozaba apenas de la amplia parte de paraíso que la señora Bernarda le daba.

No solamente estaba gustoso en la tierra, sino que no le disgustaba hacer ver que sabía andar por la cocina.

Estas apariciones del reverendo hubieran sido más frecuentes, si el decoro sacerdotal lo hubiese permitido, y si la señora Bernarda, cada vez que lo veía entrar, no se hubiese quedado en éxtasis por tanta dignación.

Entraba en la cocina con la sotana arremangada, la tonsura cubierta con su solideo de lana negra y su viejo librito en la mano.

A lo menos podía parecer que bendecía los fogones.

Pero a veces, en las grandes solemnidades en que sabía que a la única cazuela habitual seguía una cazuelita suplementaria, se aventuraba a destapar lentamente cazuelita y cazuela.

Volvía a taparlas con sosiego, y cuando se volvía para decir en broma: *Laus Deo*, era casi como si dijese: *Dominus vobiscum*; en primer lugar porque la devoción de Bernarda duraba hasta en la cocina, y después porque no es fácil decir misa cada mañana, sin que a los ojos de una devota aparezca algo del celebrante aun en los actos menos solemnes de la vida.

El padre Agustín decía la primera misa en Sant' Angelo; una misa por la cual recibía un poco más de dos liras, y si el santo hombre se levantaba al amanecer desafiando todas las intemperies, lo hacía para dar ejemplo a los sacerdotes jóvenes, para mortificar su cuerpo, que no hubiera tenido necesidad de una mortificación inútil, siendo tan viejo y flaco; lo hacía en fin para ir más seguramente al cielo.

Esta era la idea fija de la señora Bernarda.

En cambio, la idea fija de su digno consorte, de aquel descreído de Severino Amatore, era que el padre Agustín decía la misa tan temprano porque era un avaro, y si la hubiese dicho más tarde, para su comodidad, seguramente hubiera tenido que contentarse con dos liras y aun con menos.

¿No sabía Bernarda que se dice misa hasta por una lira?

Si, lo sabía muy bien, pero...

- ¡No hay *pero* que valga!, decía el impío. Además, el padre Agustín no hace ningún sacrificio levantándose temprano, porque todos los viejos padecen de insomnio, y a todos los curas ancianos les gusta mucho el café, bien lo sabes tú, Bernarda.

¿No era ella la que, todas las mañanas, después de haber dejado a la sordina la cama caliente, en que dormía un desgraciado y legítimo Amatore, su marido; después de haber dejado roncar desesperadamente en su camita a otro pequeño Amatore no menos legítimo, su hijo, su sangre, se iba a Sant' Angelo para oír la primera misa?

¿No era ella, acaso, la que al *Ite, missa est*, corría a casa a fin de que el padre Agustín encontrase el café caliente?

¿Era o no era ella?

No podía negarse; era la misma Bernarda la que hacía todo esto.

Lo hacía con la grande esperanza de ir al reino de los escogidos... lo más tarde posible, y de enseñar el camino a los dos Amatore, padre e hijo, ambos burlones, ambos herejes.

Porque ¡ay! también Bortolino, a los doce años, tenía en la sangre con el buen humor la herejía de su padre, y no quería estudiar la doctrina cristiana, con el pretexto de que no la entendía.

En vano su madre le aseguraba que las cosas que la doctrina enseña hay que saberlas de memoria aun sin entenderlas; que ciertas verdades, ni ella las comprendía.

- ¡Ni yo!, se le escapó el decir un día a Amatore padre.

- ¡Entonces!, concluyó Amatore hijo, con aires de uno que desde hace tiempo sabe a qué atenerse y está preparado a lavarse las manos en la primera ocasión.

Pero intervino la autoridad paterna diciendo que en la vida hay muchas cosas que no se entienden casi nunca, o se entienden muy tarde.

Y citó dos ejemplos.

- Cuando yo empecé, en ferrocarriles, a recoger los billetes a la salida de los viajeros; porque así empecé y lo digo con orgullo, entendía muy bien el maligno deseo de coger en falta a uno que hubiese creído poder viajar de balde y burlarse de mí y de la administración; pero no comprendía la necesidad de ir luego a entregar al subjefe los billetes recogidos.

Y decía yo para mí:

- ¿De qué pueden servir ya? Están taladrados y llevan marcados el día y el tren en que han viajado.

»Entonces tenía yo veinte años...

»Lo mismo podría sucederme ahora en cosas de religión; porque, hijo mío, la religión y la administración tienen de común que muchas de sus verdades no se entienden, porque no las pensamos bastante.

»Ve a preguntárselo al señor cura, que es un santo anciano, que ha estudiado mucho, se sabe todo el latín de memoria, y te dirá que la doctrina cristiana es una cosa fácil y que él la entiende toda. ¡Dichoso él!»

Para decir todo esto sin reirse, había tenido necesidad de hacer un gran esfuerzo, pero a lo último el buen humor de raza pudo más que el disimulo, y tuvo que sonarse para ocultar en el pañuelo las últimas palabras de su peroración.

A Bortolino, que era sagaz, no le pareció oro puro toda la gravedad del autor de sus días, y estuvo un rato espionando para ver si se le escapaba la risa.

Bernarda, que en muchas cosas era ingenua, esperó que su hijo se hubiese marchado a la escuela para abrir su alma inocente.

- Has hecho bien, dijo; si ese tunante de nuestro hijo sigue así, no sacaremos nada bueno de él.

- ¿Eso crees?

- No solamente lo creo, sino que estoy segura de lo que digo; cuando falta la religión, va también mal la virtud; y cuando...

«La estás diciendo gorda, decía la sonrisa de Severino Amatore; pero, ¡tira adelante!»

- Y cuando falta la virtud, prosiguió Bernarda, todo va mal.

La sonrisa de Severino Amatore seguía diciendo algo que la buena señora no estaba segura de entender.

- No lo digo por ti; no lo digo por nosotros; las cosas nuestras se arreglan porque has sido siempre un buen marido, sin grillos en la cabeza...

- Los grillos tienen otras cosas que hacer, dijo el buen marido, mejor que meterse en la cabeza de un empleado de la Alta Italia.

- Eres un padre modelo, continuó Bernarda sin amargura.

- Esto sí; Bortolino me debe la vida; si no hubiese pensado ponerle en el mundo, aun estaría él esperando.

Bernarda llevó su condescendencia al extremo de sonreírse; mas para proseguir:

- Siempre le has querido mucho.

- Sí, no le he pegado a menudo; siempre, desde muy joven, he procurado hacerle reír.

- Y no es verdad que tú no tengas religión...

- Pero poca, muy poca...

- Tienes más de lo que te figuras. Tú crees...

- A fin de mes.

- Tú crees en Dios... tú crees en la virtud...

- ¿Cómo no he de ser virtuoso? La virtud me la encontré hecha en la administración de los ferrocarriles; cuando se está en la oficina la mitad del día y parte de la noche; cuando no se tiene dinero para vicios, lo mejor que puede hacerse es ser virtuoso. ¡Ah! Yo pasaré incontaminado.

- Y si nuestras cosas van bien, es porque el Señor nos guarda.

- Y si el Señor nos guarda, concluyó en serio Amatore padre, es porque el padre Agustín se lo ruega en sus preces, y porque yo ofrezco el curioso espectáculo de un hombre incrédulo por temperamento, pero inaccesible a las tentaciones por necesidad, y que ríe fácilmente a ratos perdidos.

Y como el tiempo se lo permitía, soltó su carcajada.

Bernarda rió también más de lo necesario, para insinuar, como si quisiese continuar una broma bien empujada:

- ¿Sabes lo que haré? ¿Quieres saberlo?.. Diré al reverendo que os convierta a los dos, a ti y a Bortolino; que ruegue al cielo... para que os toque la gracia.

Bajo el ojo escrutador de su marido, a Bernarda le costó trabajo terminar la frase.

- Di la verdad, Bernarda; tú has dicho al padre Agustín que tu marido es un condenado, que Bortolino irá también al infierno, si no aprende la doctrina...

- Y si se lo hubiese dicho, ¿qué mal habría hecho?

Severino se quedó un momento pensativo.

Luego contestó:

- No has hecho nada malo. ¿Y qué ha dicho el cura? ¿Que aun no se han perdido todas las esperanzas? ¿Que el pecador más empedernido tiene siempre abierto el camino de la salud eterna? ¿Que basta un acto de arrepentimiento sincero para pasar del infierno al purgatorio? ¿Apostamos algo a que ha dicho esto?

- Esto ha dicho...

- Déjame concluir... Ha dicho además que tus plegarias al ángel custodio al acostarte y al despertar, la primera misa de Sant' Angelo oída con devoción hasta el *Ite, missa est*, y el café que le sirves bien calentito después de la celebración, pueden mejorar las condiciones de tu marido y de tu hijo...

¿No es esto todo? ¿Qué más ha podido decir?..

Bernarda, que desde hacía un par de días esperaba la ocasión, se apresuró a explicar:

- Ha dicho que si tú no ves ningún mal en ello, Bortolino aprenderá la doctrina más pronto de lo que nos imaginamos.

- ¿Qué mal quiere que yo vea en ello?.. Ha de saber que yo no me meto en esas cosas de religión. ¿Te he dicho nunca nada para impedirte ser la sierva de Dios?

- No es esto; nuestro hijo no hace caso del catecismo, porque el ejemplo de su padre...

- La sangre... Hazme el favor... Di más bien la sangre...

- Diremos todo lo que queramos, pero el resultado será siempre el mismo... esto es, la condenación.

En vez de reirse, Severino Amatore preguntó:

- ¿Estas cosas las ha dicho el padre Agustín o las vas improvisando tú?

- Las ha dicho el cura; y ha dicho además: «Si yo pudiese saber que su marido no había de desbaratármelo todo con una carcajada, yo tendría medio de enseñar el catecismo a Bortolino en menos de un mes.»

- ¿Eso ha dicho?.. Si no es más que eso, yo te prometo no reirme; cuando Bortolino me hable de catecismo, pensaré en las cosas más horribles; en el horario nocturno, en un enfado del jefe de oficina, en la suspensión de sueldo por una semana. Quiero contentar al pobre padre Agustín...

- ¿Entonces puedo decir al reverendo que Bortolino ayudará a misa en Sant' Angelo?

- No.

(1) La lotería nacional de Italia era la primitiva, con ambos y ternos en las combinaciones de números premiados. - N. del T.

II

La idea de que un día su Bernarda tuviese el valor de proponer semejante cosa, no se le había ocurrido nunca a Severino Amatore.

Que siempre había sido un marido demasiado débil, podía admitirlo; seguramente la Alta Italia lo había debilitado tanto con el horario de oficio y con el estipendio, que no era ya el Severino de antes; pero no creía que su debilidad hubiese llegado al extremo de que, en el recinto de las paredes domésticas, lejos de la vista de sus superiores, no pudiese recobrar su viejo egoísmo, su herejía tolerante, su amable *no* de los buenos tiempos.

Haciendo un rápido examen de conciencia, hasta debía reconocer que, desde hacía algún tiempo, decía *sí* cuando el primer impulso era decir *no*; decía *sí* para ahorrarse el disgusto de una discusión, y esto podía ser por bondad, queriendo que en casa todos estuviesen alegres cuando él reía; pero le había sucedido decir *sí* hasta por pereza, y esto no debía volver a suceder nunca más.

A la tímida pregunta de Bernarda, Severino Amatore había contestado pues con un *no* envuelto en tanta dulzura, con un *no* tan consentido, que poco le faltaba para ser un *sí*.

Por consiguiente, Bernarda estuvo en duda.

— Dispensa, Severino, ¿has dicho realmente que *no*?

— He dicho realmente que *no* — *ene, o, no*.

Esto lo explicó Amatore con la amabilidad de antes, y su excelente esposa no replicó.

Pero cuando Severino se sintió bastante rehabilitado ante su propia conciencia con aquel *no* así deletreado, se creyó en el deber de añadir una explicación:

— Mis razones son éstas; tú misma dirás que son bastante buenas; estoy seguro de ello. Yo no voy a la iglesia; pero entiendo que mi hijo sea educado en la fe de su madre. Bortolino, a su tiempo, hará lo mismo que su padre; esto no lo dudo; pero mientras tanto te pertenece, y yo me lavo las manos. Haz de él lo que quieras, dentro de los límites de la doctrina cristiana; enséñale los sacramentos y hasta haz que los practique moderadamente. Vaya a misa los domingos, y a confesar cada mes; que comulgue por Pascua. Pero si olvidas cómo piensa el padre de tu hijo, que soy yo; si de mi prole quieres hacer un santurrón o un sacristán, yo diré siempre *ene, o, no*; como he dicho esta vez.

La explicación era clara, y el empleado de la Alta Italia se sintió rehabilitado del todo.

— Tus razones son muy buenas...

— Bastante buenas..., nada más.

— Tus razones son excelentes; pero quizás tomas las cosas demasiado en serio...

— Quizás..., podrá ser muy bien; pero yo soy así; y me parece que mi manera de ser no es del todo mala... Yo me río en serio.

— Ayudando a misa, Bortolino no adquiriría ningún compromiso; a su tiempo será probablemente hereje como tú; pero al menos esta pobre madre habrá hecho todo lo posible para ponerlo en el buen camino.

— La verdad es que Bortolino es capaz de llevar de cabezones al reverendo...

— ¿De qué no es capaz Bortolino?... ¿Y no has pensado que, para ayudar la primera misa, nuestro hijo tendrá que levantarse temprano; esto más habremos ganado en beneficio de su mente y de su cuerpo; y, además, si logra hacerse querer del padre Agustín... ¿entiendes?..

— Puede ser que entienda; pero tú me conoces; sabes cómo pienso; sabes que nada puede hacerme decir una cosa que no siento; que ese avaro del padre Agustín guarde, pues, su dinero; que haga economías si quiere para aumentarlo en vida, y después de su muerte lo deje a quien le haya dado el desayuno, la comida y el café dos veces al día, que le haya zurcido las medias negras y remendado las sotonas rotas... es decir, tú eres la que ha hecho todo esto; yo no tengo nada que ver...

— Pero el reverendo nos paga ochenta liras al mes...

— Pues los pobres Amatore pasarán como puedan con lo que me paga la administración de los ferrocarriles, esperando que el padre Agustín les prepare un buen puestecito en el paraíso... Por lo demás, si lo crees necesario para la vida eterna de Bortolino, sacrificaré mis principios, y si Bortolino no ve en ello ningún mal, que ayude a misa... Será cosa digna de verse...

Bernarda, de buena fe, dió las gracias al cielo con una mirada y Severino Amatore se restregó las manos.

— ¡Vaya si será cosa digna de verse!., añadió. Y

no queremos dejar de presenciársela... ¿verdad, mujer? Hasta yo soy capaz de ir a oír la primera misa de mi hijo... ¿Oyes, Bernarda? ¡La primera misa de Bortolino!

Estas palabras despertaron un antiguo sueño de Bernarda, un antiguo sueño olvidado, un sueño imposible, pero hermoso.

Mirando un momento al techo, la buena señora dijo mentalmente:

«Yo nada puedo, porque soy una humilde pecadora; pero Vos, Señor...»

— Señor, vos que sois omnipotente, inspirad una buena idea a estos pobres Amatore padre e hijo..., dijo Severino muy serio.

Bernarda pudo creer que había pensado en voz alta y fué la primera en reír para ocultar su confusión; pero no ocultó nada, porque la mirada escrutadora de Amatore padre la pasó de parte a parte.

El empleado de la Alta Italia pensó:

«He aquí una buena mujer que piensa ingenuamente y se pone colorada cuando quiere esconder su propio pensamiento; esta pobre mujer tiene un marido muy ladino que lo ve, lo adivina o lo sabe todo; esta pobre mujer indefensa no comprendería nada, absolutamente nada del marido, si el marido no se espontanease siempre con ella.»

Y dijo en alta voz:

— Escucha bien lo que te digo, Bernarda; yo soy un hombre franco, tú lo sabes; quizás seré hasta brutal, pero quiero ser franco. La idea que ahora ha pasado por tu mente, la idea que se te metió en la cabeza el día que tomamos de huésped al padre Agustín, es una idea indigna de una madre.

— ¿Qué idea?, balbuceó Bernarda.

— Ya lo sabes, mujer; ya te lo has confesado a ti misma muchas veces; confíesalo una vez más, antes de acostarte, y ruega al Señor que te mande el arrepentimiento y no te deje caer nuevamente en pecado. Ya me has comprendido. No digo más; me voy a la oficina.

Bernarda, después de quedarse sola, pensó en las palabras de Severino, se arrodilló mentalmente en la cocina y pidió al Señor que le enviase el arrepentimiento; pero el Señor le sonrió, la levantó, le enseñó el cielo luminoso, y no le dijo que fuese una mala madre porque acariciaba la idea de un hijo que dijese misa, que confesase, que fuese cura de Sant' Angelo, que fuese canónigo de la Catedral y que se llamase el padre Bortolino.

Bernarda aun tenía fe en un más allá; pensó que su marido, que con tanta agudeza penetraba el secreto pensamiento de los demás, tal vez se equivocaba en lo de creerse tan firme; que los propósitos de los hombres se desmoronan al soplo del Omnipotente, y que habiendo permitido a Bortolino que ayudase a misa, ¡quién sabe si un día no se desdenaría de tener un hijo sacerdote, un hijo a prueba de tentaciones, libre de miserias, un hijo que fuese una columna de la Santa Iglesia y un bácu'o para sus ancianos padres!

Severino, yendo de prisa a la oficina, se restregaba las manos y pensaba:

«He estado dúctil con Bernarda, según mi costumbre, pero le hablé claro; ahora sabe ella cómo pienso. Era inútil afligirla diciéndole que si Bortolino pudiese tener la idea de hacerse cura, preferiría verle muerto. Es la verdad, pero era inútil decirle.»

Podía estar contento de sí mismo... y de que el jefe de su oficina aun no hubiese llegado, porque Severino llevaba veinte minutos de retraso.

Esos pobres empleados de la Alta Italia no sufren pocas sofocaciones a fuerza de correr, lo cual no evita que, a veces, lleguen a la oficina echando los bofes para hacerse quitar medio día de sueldo.

III

¿Qué hacía mientras tanto el padre Agustín?

Acercándose prudentemente a la puerta que ponía en comunicación el comedor con el cuarto del reverendo, Bernarda no había oído ruido alguno.

Si el santo varón hubiese leído en aquel libro suyo que no le abandonaba nunca, hubiese hablado en alta voz, y por los *us* y los *um* Bernarda hubiera comprendido que leía la lengua de las misas y de las letanías.

Pero en el cuarto del santo varón no se oía nada.

Quizás, sin querer, había oído alguna herejía de Severino, y ahora meditaba melancólicamente sobre esta pobre humanidad, que después de un buen almuerzo, en vez de dar gracias a Dios, se revuelve contra él con malos pensamientos.

O quizás el santo varón dormía...

Sí, el padre Agustín dormía.

El almuerzo había sido espléndido.

Bernarda había hecho probar a su marido y a su cura dos riñoncitos de carnero, aderezados a punto con una fritura de perejil y cebolla, una sopa abundante y un pedazo de queso de gorgonzola.

Todo esto había sido confortado por dos dedos de vino sardo que el padre Agustín había regalado a la señora Bernarda, la cual, desgraciadamente para ella, era abstemia.

Severino Amatore se hubiera ingeniado para beber, por dos si hubiese podido; pero no podía, porque el vino regalado por el padre Agustín tenía sus días contados.

Después del almuerzo, el viejo cura se había estado un cuarto de hora de sobremesa, señalando a Bortolino y al padre de Bortolino, si también quisiera corregirse, caminos cómodos y fáciles para salvar el alma.

Eran realmente caminos cómodos y fáciles, pues el padre Agustín no había vivido muchos años sin comprender que para inducir el pecador a entrar en la vía del paraíso, se necesita ser, si no tan astutos como el demonio tentador, al menos sagaces y cautos.

Hablando de la justicia celeste, hacía notar que era toda misericordia.

Solía decir a Bortolino que Jesucristo quería mucho a los niños y que un día había dicho:

«*Simite parvulos venire ad me.*»

«Dejad que los niños vengan a mí.»

Y sabía que hasta los niños malos podían acercarse a Jesús, porque Jesús hacía que se volvieran buenos.

Recordaba a Severino la parábola de la oveja descarriada para enseñar que en el cielo se recibe con más regocijo a un pecador arrepentido que a cien justos.

Y como esto podía dar una mala idea de la justicia celeste, el padre Agustín añadía que los cien justos son los primeros en gozar del arrepentimiento de un pecador.

Después de haber expresado estas y otras ideas parecidas, llenas de bondad, sin haber encontrado ninguna viva oposición en los comensales, el padre Agustín se había ido a su cuarto, se había echado sobre el canapé desabrochándose el alzacuello, y había leído una oda de Horacio en alta voz, hasta que el libro le había caído sobre el pecho.

Ahora el padre Agustín dormía.

La buena señora Bernarda, impaciente, se acercó muchas veces a la puerta inútilmente, y cuando vio que el silencio del reverendo se prolongaba más allá de lo habitual, se aventuró primero a andar libremente por la estancia contigua, luego a canturrear en voz baja y finalmente a derribar una silla.

El padre Agustín se dormía fácilmente después del almuerzo, pero su sueño era ligero.

Antes de que Bernarda empezase su cantuseo, el santo varón se había despertado, se había abrochado el alzacuello, había recogido el Horacio y escuchaba en silencio.

Cuando oyó el ruido de la silla derribada, en vez de preguntar: «¿Que ha sido?» como Bernarda esperaba, se contentó con decir en alta voz con el poeta de Augusto:

«*Illi robur et aes triplex circa pectus erat...*»

Y le tocó a Bernarda exclamar:

— ¡Qué miedo he tenido de haberlo despertado! ¿Puedo entrar, reverendo?

— ¡Adelante!

A pesar del permiso, Bernarda entró tímida y con cautela.

— Suerte ha sido que estuviese usted despierto, porque he derribado una silla y he hecho mucho ruido, ¿verdad, reverendo? Con razón dicen que en primavera el sueño es más dulce que nunca.

El padre Agustín no dijo *sí* ni *no*.

Le costaba algún trabajo confesar la debilidad de dormir la siesta; pero como no sabía mentir, confesó después de una breve pausa:

— Sí, señora Bernarda, me he *recogido* un momento... ¿Y qué dice usted de bueno?

— Una cosa tan extraordinaria que me parece mentira. Ha de saber usted que mi marido está contento y que Bortolino servirá la primera misa en Sant' Angelo.

La noticia estrepitosa fué recibida por el padre Agustín con la calma que los siervos de Dios y de la Iglesia suelen conservar hasta en las más graves coyunturas.

— Está bien, dijo; empezaremos mañana.

¿Por qué mañana? ¿Por qué no hoy mismo?

Estas preguntas se leyeron claramente en el silencio de la devota.

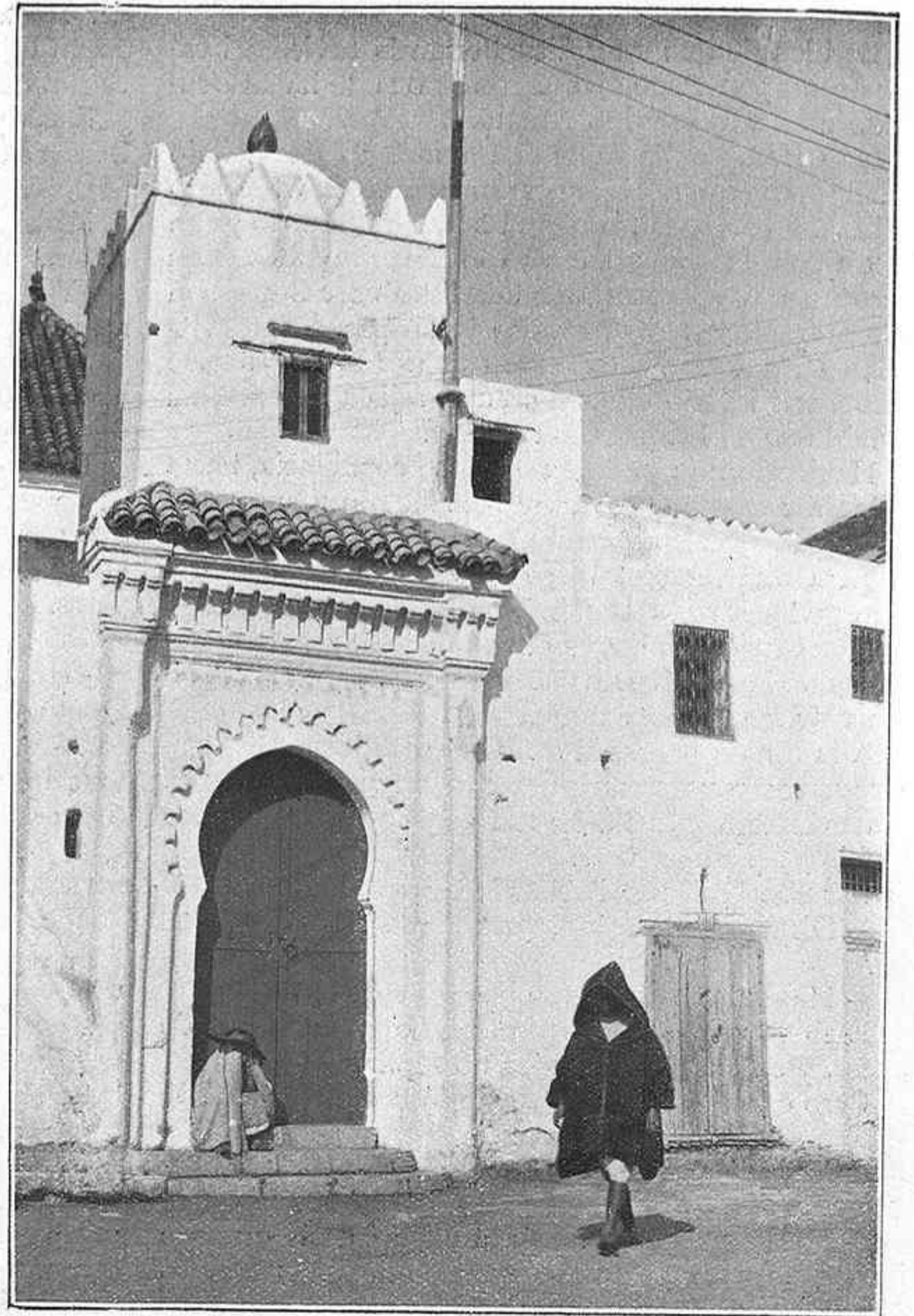
Otras preguntas se presentaban, o se adivinaban.

(Se continuará.)

LA POBLACIÓN MORA DE TETUÁN. (Fotografías de Lázaro.)



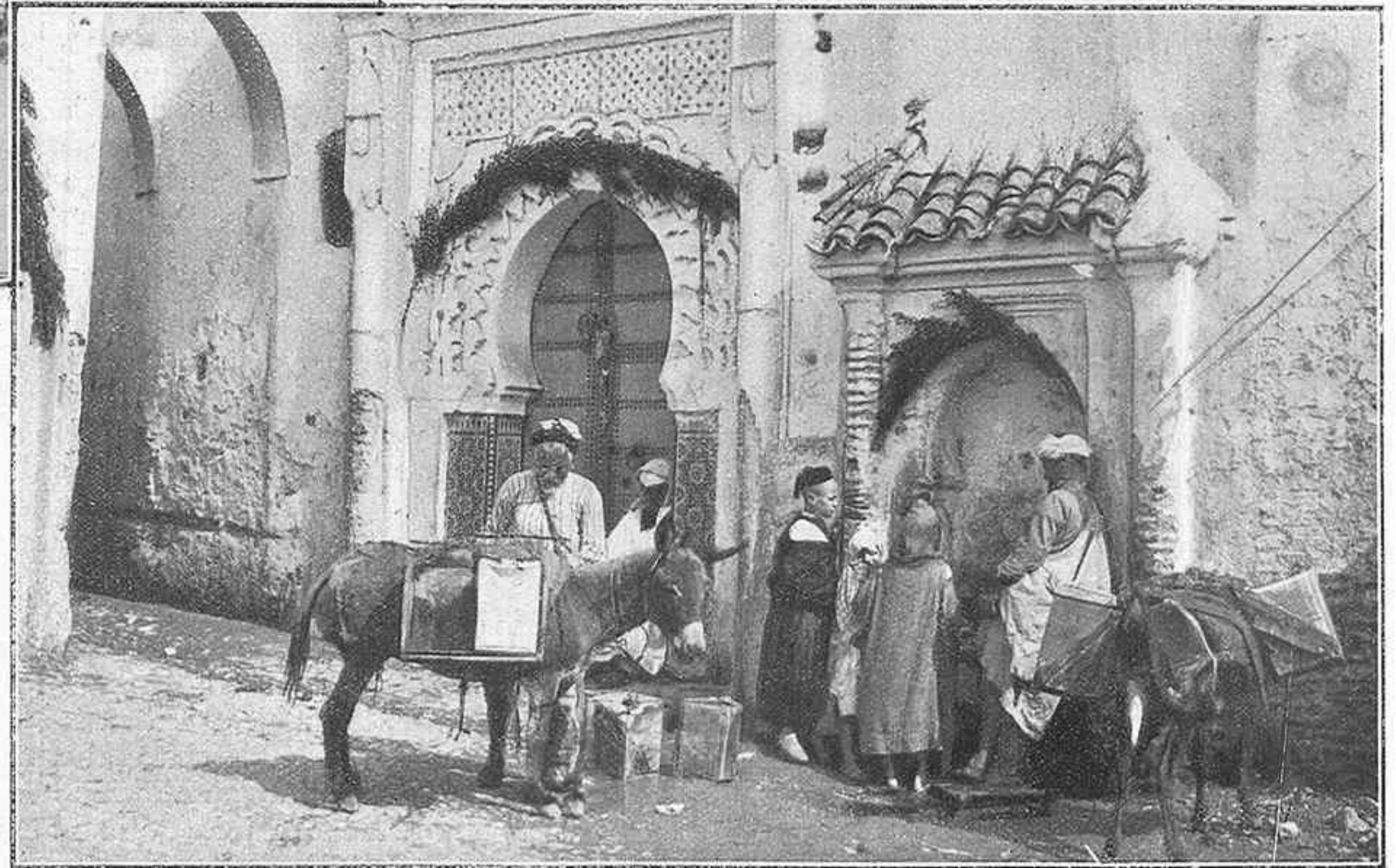
Aspecto de la Plaza de España, del lado donde están situados los edificios europeos
La Plaza de España es la más importante de Tetuán



Mezquita Sidi Abdelah-el-Hach, habilitada en 1860 por el general Prim para que oyesen misa las tropas



Vista de la Plaza de España, del lado ocupado por mezquitas y viviendas moras



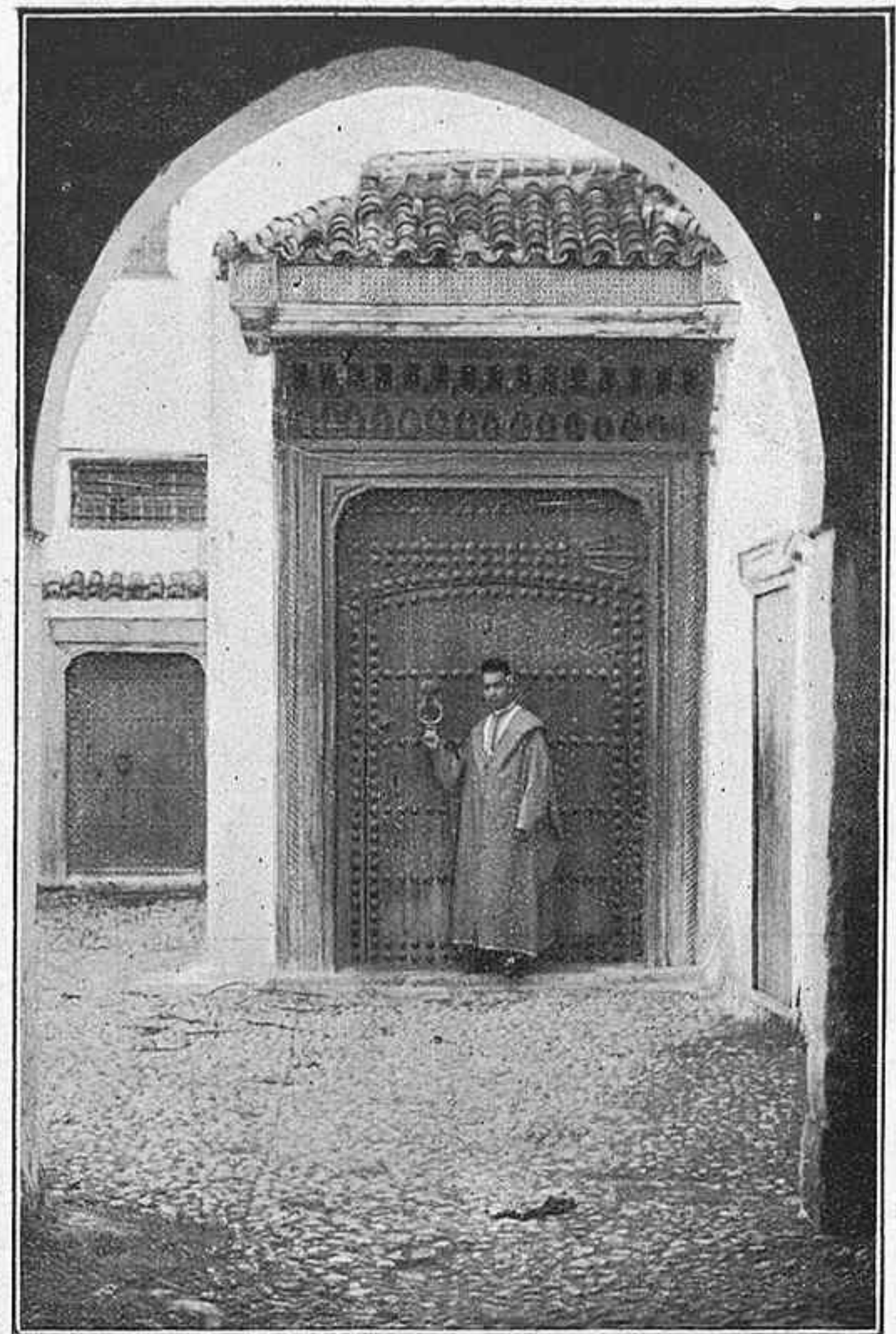
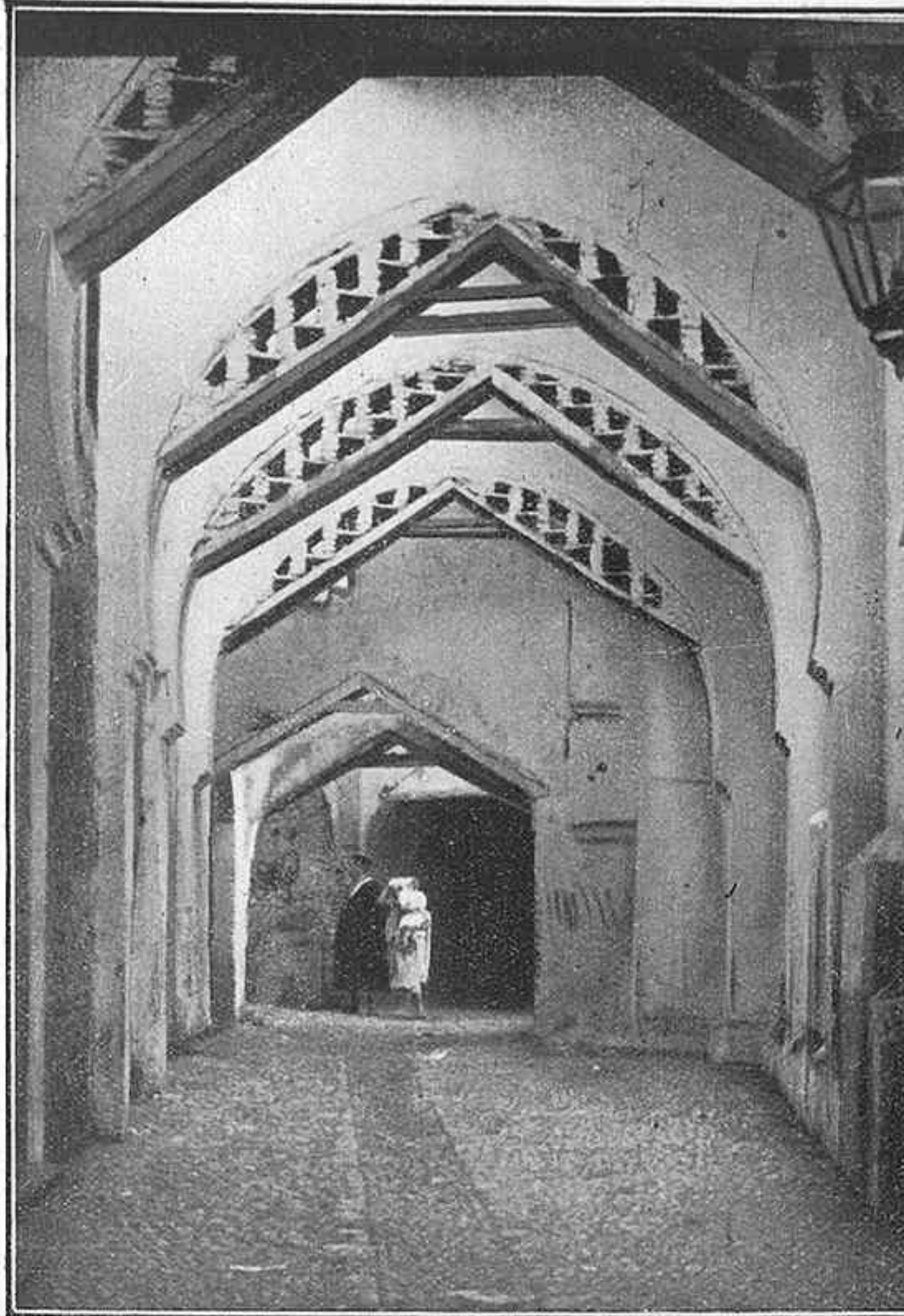
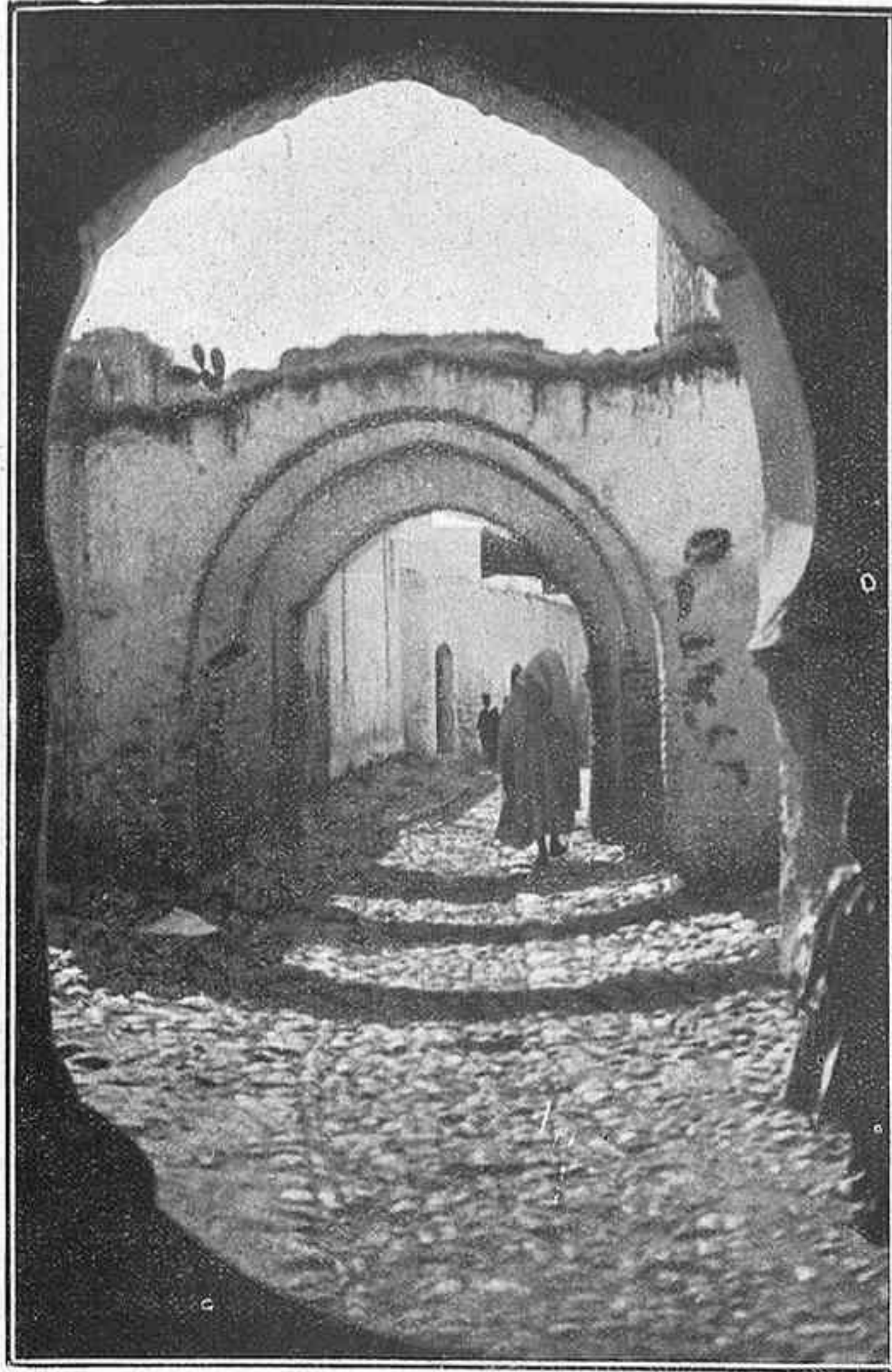
Aguador llenando sus vasijas en una fuente junto a la mezquita del zoco de Foki



Alcalde de barrio moro sentado a la puerta de una quincallería



Moros campesinos atravesando la Plaza de España a su regreso del zoco



Arco y calle de Sidi-Saidi, entrada al antiguo barrio de la Meca. - Vista parcial de la calle de la Mezquita Grande. - Moro de clase acomodada a la puerta de su vivienda

LA POBLACIÓN MORA
DE TETUÁN

La ciudad de Tetuán, residencia en la actualidad del Alto Comisario español general Gómez Jordana y de S. A. I. el Jalifa Muley-El-Mehdí y de otras altas autoridades moras, está situada al Norte de Marruecos y a 35 kilómetros de Ceuta, cerca del Mediterráneo, ocupa una superficie que no pasa de 50 hectáreas y afecta en conjunto la forma triangular, siendo uno de los vértices de este triángulo la Alcazaba que ocupa la parte más alta y más avanzada al Poniente.

Todo el recinto está amurallado y la altura de los muros varía con el desnivel del terreno, siendo en algunos puntos de más de cuarenta metros, mientras que en otros no pasa de seis u ocho.

La población de Tetuán se calcula que es de poco más de 40.000 habitantes, de los cuales la tercera o cuarta parte son judíos que viven en el Melhaj, barrio separado del resto de la ciudad, si bien intramuros, y cuya puerta de entrada se abre en la plaza de España, que es la principal y en la cual se alzan los más notables edificios así moros como europeos.

Hay en Tetuán muchas mezquitas pero todas ellas son pobres; la más grande se reduce a un humilde patio en donde está la fuente destinada a las abluciones y a un salón bastante capaz cuyo techo está sostenido por arcos de herradura y columnas que no ofrecen nada de notable. Los alminares más soberbios consisten simplemente en una torre cuadrada rematada en azotea.

Abunda en la ciudad el agua y hay en ella muchas fuentes, pero sencillas y desprovistas de buen gusto en su ornamentación; mas a pesar de la gran abundancia de aquella, nótase en todas partes una gran falta de limpieza.

Las calles de Tetuán, como todas las de las ciudades de la parte Norte de África, son estrechas y tortuosas de un modo tal, que forman un intrincado laberinto muy difícil de recorrer para quien no conozca mucho la población. A mayor abundamiento, están cruzadas en muchas partes de un lado a otro por contrafuertes, arcos y pasadizos, lo cual las hace lóbregas y oscuras. Como, ade-



El Jabón
HENO de PRAVIA
suaviza la piel

Ehrmann

más, las fachadas de las casas, en general, no tienen más que sencillas puertas de pequeñas dimensiones, al discurrir por las calles parece como que se anda entre tapias y pasadizos fuera de todo centro de animada población.

La animación principal se encuentra en las calles que dan al Albaicín o plaza del Comercio, en el barrio de los zapateros, tintoreros, revendedores y algunas otras.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores o editores

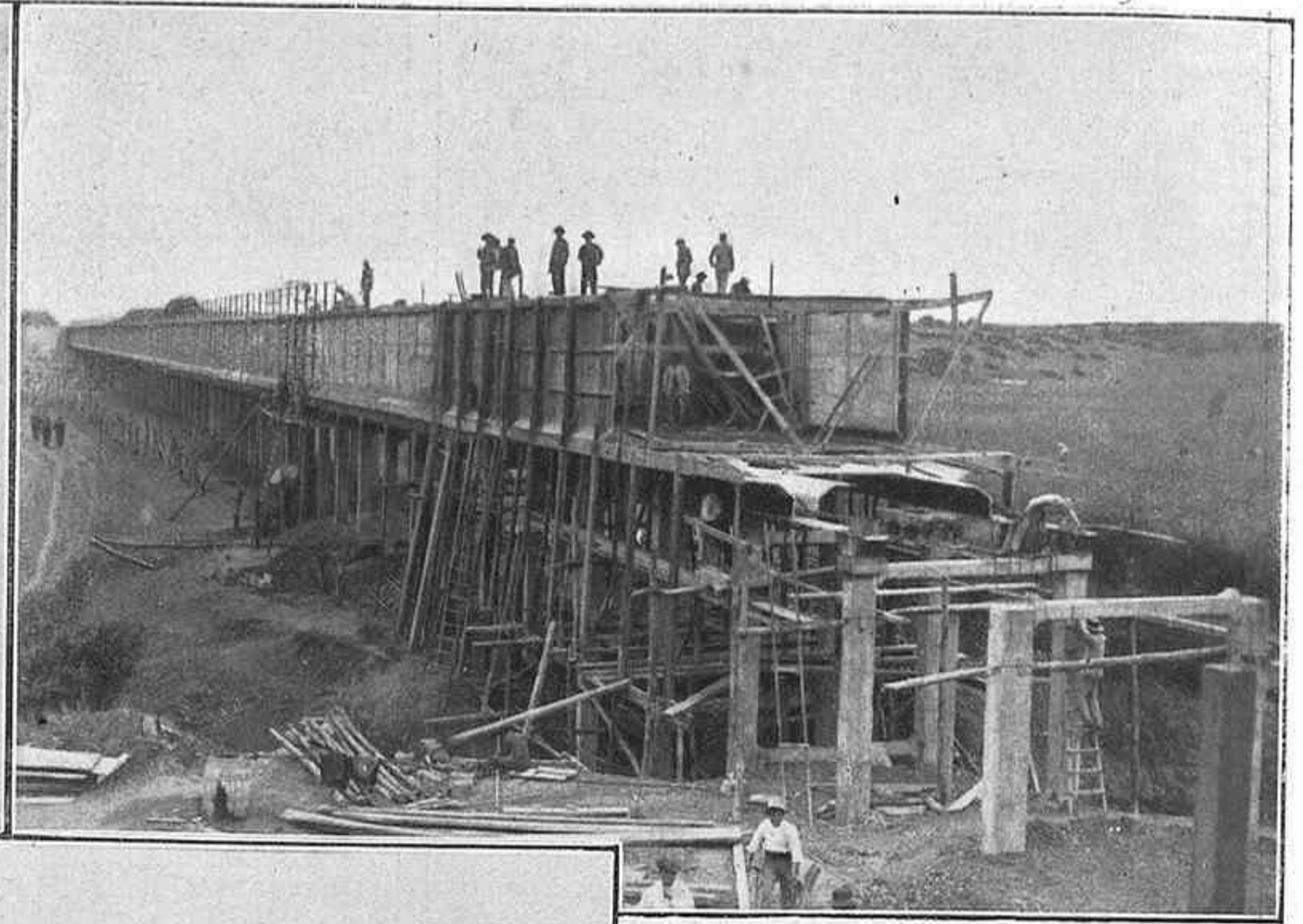
ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA REPÚBLICA DE EL SALVADOR CORRESPONDIENTE A 1914. - Contiene este Anuario, que es el cuarto de la serie publicada desde 1911 por la Dirección general de Estadística datos estadísticos completos referentes a territorio y población, a la vida económica, a la vida moral e intelectual y a la administración pública de la República de El Salvador, datos que demuestran el grado de prosperidad y de progreso que ha alcanzado aquella nación centro-americana. Se insertan, además, en el Anuario, tres notables trabajos «Minerales en El Salvador», por Salvador Calderón, «La hulla blanca en El Salvador», por Pedro S. Fonseca y «El impuesto territorial», por F. Tomás Mirón. Un tomo de 160 páginas impreso en San Salvador, en la Imprenta Nacional.

**

LA ORTOGRAFÍA I LOS CUATRO SENADORES, por Umberto Enríques. - Libro dedicado a censurar y a rebatir la proposición presentada en el Senado chileno por cuatro senadores pidiendo que se adoptase como ortografía oficial del Estado de Chile la de la Real Academia Española. El autor preconiza el uso de la ortografía que en aquel país han adoptado algunos escritores y entidades y en la cual está escrito su libro, según puede verse en el título que copiamos. Un tomo de 52 páginas impreso en Santiago de Chile.



Trabajos en el canal y uno de los pasos de hormigón armado, de 8 metros de ancho



Acueducto para el paso del arroyo de Corbones. (De fotografías remitidas por Hijos de P. Romero.)

OBRAS DE RIEGO

DEL VALLE INFERIOR DEL GUADALQUIVIR

El canal principal que ha de proporcionar el inmenso beneficio de los riegos al valle inferior del Guadalquivir, está dividido en cuatro trozos, de los cuales los dos primeros hallanse en el período de construcción, así como las obras accesorias para el levantamiento de la presa de derivación, es decir, la central de energía eléctrica, almacén, casa, camino de transporte y barca de paso.

El caudal de agua que el canales capaz de conducir se eleva a 20.000 litros por segundo, con lo que se proporcionará el agua necesaria a las 10.000 hectáreas que componen la zona de riegos.

La solera tiene una pendiente de 20 centímetros por kilómetro y un ancho de ocho metros; los taludes de desmonte son de 1,25 por 1 y la banquetta de servicio es de 3 metros de ancho.

El canal, en el sitio en donde puede ser alcanzado por las avenidas del Guadalquivir, está defendido por malecones formados con los productos de la excavación, que se ejecuta con excavadoras de rosario y de mandíbulas y también a mano. Las excavadoras de rosario disponen de un transportador de cinta sin fin que construye los malecones al mismo tiempo que realiza la excavación; las de mandíbula vierten los productos excavados en vagonetas que son arrastradas por locomotoras.

Completan el primer trozo, además del canal propiamente dicho, dos acueductos de hormigón armado de 183 y 311 metros de longitud con una pendiente de 40 centímetros por 100 y caja de sección rectangular. El primero se compone del acuerdo, compuertas de defensa, aliviadero, acueducto propiamente dicho y compuertas de desagüe; el segundo lo constituyen el acuerdo, el acueducto, las compuertas de desagüe, las compuertas de defensa y el acuerdo con la sección trapezoidal, que es la corriente del canal. Hay, además, varios pasos superiores, también de hormigón armado, alcantarillas y caídas, conservándose entre ellas el malecón de defensa. Este primer trozo, de una lon-



Acueducto de hormigón armado para el paso del arroyo de Alfanaque

gitud de más de 13 kilómetros, no tiene zona regable.

El segundo trozo tiene más de 18 kilómetros de extensión y comprende, aparte del canal, dos obras sobre los arroyos Agna Lora y La Cascajosa, la primera de ellas en construcción; algunas alcantarillas y dos acueductos de hormigón armado sobre los arroyos Azanaque y Corbones. El primero de estos acueductos, que está terminándose, tiene un ancho de cajero rectangular de 5,45 metros y una altura de 2,80 sobre palizadas constituidas por pilares que descansan en una zapata que soporta la presión en el terreno. Este acueducto, con los acuerdos, tiene

una longitud total de 334 metros, habiéndose dispuesto dos juntas de dilatación intermedias, a fin de evitar las grietas que hubieran podido producirse por la contracción del fraguado. El acueducto que cruza el arroyo Corbones tiene, además, un arco de

25 metros de luz. En este trozo podrán regarse 2.500 hectáreas, para lo cual hay dispuestas obras de toma del canal con sus acequias correspondientes. Frente al kilómetro 9 del canal, el Guadalquivir ha socavado y arrasado la barranca en una extensión de un kilómetro, acercándose al canal hasta llegar a la banquetta de servicio y comprometiendo más de kilómetro y medio de obra; con objeto de detener este avance se ha establecido un sistema de cinco espigones ligeramente inclinados hacia aguas arriba constituidos con gaviones metálicos sistema Bianchini; la barranca entre espigones va revestida con coraza de tela metálica hasta llegar a cubrir la caja de arena, que es la que acelera el avance rápido del río.

EL MONUMENTO A VAYREDA

Solemnemente sencillo resultó el acto de inaugurar, en los jardines del Palacio de Bellas Artes, el monumento erigido en honor del pintor olotino, acto verificado el 21 de este mes, en cumplimiento del acuerdo unánime del Jurado de recompensas de la última Exposición Internacional de Arte celebrada en Barcelona.

Reunida la comitiva al pie del monumento, habló en términos elocuentes D. José Serrallera, como presidente de la Comisión ejecutiva de la referida Exposición, quien hizo entrega de la conmemorativa obra escultórica a la ciudad de Barcelona.

Al descubrirse el monumento, los aplausos de la concurrencia se confundieron con los acordes de la banda municipal. Luego el teniente de alcalde señor Matons, en nombre de Barcelona, aceptó el monumento y manifestó que la ciudad se honraba glorificando a tan prestigioso artista.

Al acto asistieron la familia del Sr. Vayreda, representaciones del Municipio y de la Diputación de Barcelona y una comisión de Olot presidida por el alcalde Sr. Bernades, quien transmitió a Barcelona el reconocimiento de aquel pueblo por honrar aquí la memoria de uno de sus hijos ilustres.



Barcelona. - Monumento a Joaquín Vayreda inaugurado el 21 del actual en los jardines del Palacio de Bellas Artes (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)